

RESEÑAS

Analele Universității «Spiru Haret», serie Filologie, tomo Limbi și Literaturi Străine, Bucurest, Editura Fundației România de Măine, año 1, n.º 1, 1999, 184 págs.; año 2, n.º 2, 2000, 215 págs.; año 3, n.º 3, 2001, 263 págs.

La revista de la universidad bucarestina publica las ponencias y comunicaciones presentadas en las sesiones científicas temáticas y los talleres de debate anuales organizados desde 1996-1997 por la de la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad «Spiru Haret». Los temas abordados reflejan claramente las líneas teóricas de investigación (en dominios especializados) de los participantes, y su interés por llevar los paradigmas científicos a la didáctica de la enseñanza de las lenguas y las literaturas extranjeras: «La traductología: de los conceptos y los modelos teóricos a la didáctica de la formación profesional» (1997); «Texto e interpretación» (1998); «Discurso y argumento» (1999); «Discurso ficticio vs. discurso no ficticio» (2000); «Tiempo y espacio en la lengua y la literatura» (2001); «Identidad, comparación, pluralismo» (2002); «Enfoques comparativos en la lengua y la literatura» (2003).

Los estudios publicados en el número 1/1999 (año 1) están agrupados en la primera sección, dedicada a la teoría y la práctica de la traducción. Teodora Cristea enfoca la estructuración de los campos semiológico-léxicos en dos idiomas que están en confrontación en cuanto a su traducibilidad, e ilustra sus aserciones con ejemplos de traducciones del rumano al francés. Alexandra Cuniță se ocupa de la cohesión sintáctica de la unidad de traducción. Janetta Drăghicescu trata de la reconstrucción de la coherencia textual una vez acabado el proceso de traducción. Y Carmen Stoean dedica su artículo a la traducción de la frase imperativa en rumano y francés.

En la sección «Texto e interpretación», Domnica Șerban trata sobre el recurso al concepto de paradigma en los estudios de sintaxis y análisis del discurso en el inglés, dedicando particular atención a una subclase del paradigma de los verbos psicológicos causativos, llamados *surprise-verbs*, que destacan entre los verbos de actitud subjetiva. Al análisis del discurso dedican sus artículos también Corina Cilianu-Lascu y Emilia Bondrea (para el francés), y Adina Tudosescu (para el inglés).

Sobresalen los estudios consagrados a varios enfoques textuales y «textualistas» de las obras literarias. Ion Murăreț analiza los problemas de la intertextualidad

en la obra de los grandes memorialistas franceses de los mediados del s. xvii. Ruxandra Teodorescu se ocupa del texto dramático inglés. E Ileana Scipione publica un original y sumamente útil análisis de la circulación de la obra de Baltasar Gracián en los Principados Rumanos a lo largo de los siglos xvii-xix, y las sucesivas traducciones al rumano del *Oráculo manual* en el s. xx.

Enfocan algunos aspectos de las funciones y la interpretación del texto en un contexto marcado por la cultura y la ideología dominantes, Constantin Vlad, quien analiza la correlación entre *shinto* y budismo en el Japón; George Lăzărescu, que pasa revista a las pautas del humanismo y del Renacimiento italianos que definen el concepto de la *coltura dell'anima*; y Andrei Ionescu, quien publica una graciosa y memorable semblanza espiritual de Alejandro Cioranescu, con el «fatal enciclopedismo» que marcó su obra en el destino cultural de sus orígenes rumanos.

El número 2/2000 (año 2) se caracteriza por una unidad temática más rigurosa y contenidos más puntuales. Según Teodora Cristea: «su estructura refleja el doble movimiento en apariencia contradictorio, entre la tendencia de especialización cada vez más acentuada a abordar aspectos puntuales, por un lado, y el estrecho nexo entre dominios diversos que se transmiten el uno al otro modelos y métodos de análisis, por otro lado, en permanente confrontación y diálogo teórico, que vinculan la lingüística y la exégesis textual, la civilización y la historia literaria, y el estudio de las mentalidades».

El tomo se divide en tres secciones: a) estudios de lingüística, que tratan aspectos del discurso cotidiano y formas lingüísticas del discurso ficticio; b) investigaciones aplicadas al discurso ficticio en textos de referencia de las literaturas inglesa, francesa, española, italiana y rusa; y c) comunicaciones dedicadas a los estudios culturales desde diversas perspectivas de la investigación.

En la sección de estudios lingüísticos, merecen ser mencionadas el análisis contrastivo de Nadia Anghelescu sobre los valores de locativo/partitivo de ciertas preposiciones en árabe y otros idiomas; el artículo de Teodora Cristea sobre las funciones interlocutivas de la interrogación «orientada» en rumano y francés; y, no en último lugar, el estudio de Domnica Șerban sobre las marcas lingüísticas de lo ficticio. La autora señala la existencia de un *continuum* tipológico del texto no ficticio hacia la ficción literaria, y subraya los valores comunicativos modernos del llamado discurso «casi ficticio», que se manifiesta no sólo en las obras literarias, sino sobre todo en los textos con función pragmática y que actualizan ciertos tipos de discurso publicitario o político.

El texto literario aparece enfocado en las contribuciones de Paul Miclău y Ion Murăreț (para el francés), George Volceanov y Mihai A. Store (para el inglés), así como en los estudios de Claudia Harabagiu, Oana Godeanu, Andreea-Cristina Crișan y Florin Pîtea. Destaca el estudio de Ileana Scipione «Del arquetipo al personaje en el *Quijote*».

La sección de estudios culturales se abre con la ponencia de Elena Bălan-Osiac, sobre las influencias árabes en la cultura y civilización españolas a lo largo de la historia, y las influencias culturales que se manifestaron en la Península Ibérica, original espacio en que cohabitan y fusionan en una auténtica simbiosis elementos cristiano-europeos, islámicos y hebreos. La autora señala que, en el trasfondo de una historia del diálogo e interferencias, España es ejemplar, desde el punto de vista cultural y espiritual, tanto por el modo en que asimila los elementos árabes no sólo en la arquitectura u otros componentes de la civilización material, sino, sobre todo, por las huellas registradas en la lengua y el texto (comunicación). Según ella, el léxico general, pero sobre todo la toponimia, permiten hacer generalizaciones y observar señales estratificadas en el tiempo del influjo árabe en la cultura de la Península Ibérica.

Otros estudios culturales firman Rodica Mihăilă, sobre las voces femeninas de la poesía norteamericana moderna; George Lăzărescu, quien presenta una breve biografía del renacentista Aldo Manuzio; y Geta Popescu, quien analiza en una perspectiva histórica y documental los apuntes del veneciano Marco Polo, primer texto de información geográfico-histórica, que contribuyó a fijar el marco ideológico, la civilización y la mentalidad del Renacimiento italiano.

Con el número 3 (año 3), consagrado al tema «Tiempo y espacio en la lengua y la literatura», se define el nuevo formato de la publicación, estructurado en una sección principal, que reúne estudios, comunicaciones y ponencias; y en una sección aneja, titulada «Académica», que consigna acontecimientos fundamentales de la vida cultural y universitaria en que participaron profesores de la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras, así como reseñas de interés para la investigación fundamental y aplicada en las lenguas y las literaturas extranjeras.

Entre los más destacados artículos reunidos bajo el título genérico «Espacio y tiempo – aspectos lingüísticos» mencionamos: «The conceptualization of space and grammaticalization in Arabic» de Nadia Anghelescu; «Prémises pour une étude contrastive de l'ordre temporel» de Teodora Cristea, así como los estudios de Janeta Drăghicescu, Feodor Chirilă, y Carmen Stoean.

La sección dedicada a los estudios literarios ocupa más espacio en la economía del tomo. En el dominio de la literatura canadiense de lengua inglesa destaca la ponencia de Monica Bottez, «Mythical time and historical time in Howard O'Hagan's *Tay John*». El poeta y publicista Alexandru Matei aborda el riguroso comentario académico para estudiar las representaciones del espacio en la prosa de Jean Éche-
noz. Monica Sava analiza las estructuras espaciales de la novela *La noche de San Juan* de Mircea Eliade. Enfoques originales, basados metodológicamente en la cultura literaria y la habilidad de usar los instrumentos de análisis del texto, firman jóvenes investigadores conocidos ya por sus publicaciones. Mencionamos entre ellos a Mariela Rotaru-Constantinescu, con un estudio sobre la fenomenología del espacio en Jean Tardieu; George Volceanov, con el ensayo «Canonizing Shakespeare,

canonizing the Beatles», en el que reanuda el problema del canon literario; Mihai A. Store, quien aborda con los medios del análisis literario y el comentario filosófico el motivo (pre)romanticista del simbolismo lunar, ilustrándolo con fragmentos del poema de John Keats, «Endimión»; así como a Andreea-Cristina Crișan, Oana Godeanu y Florin Pîtea.

En la sección de estudios culturales destaca un consistente trabajo de Ileana Scipione, en el que analiza el motivo de la laberíntica ciudad de Buenos Aires en la obra de J. L. Borges; así como el ensayo «Locating avant-garde in the current U. S. studies of American culture», firmado por Rodica Mihăilă, que pasa revista a los principales enfoques de la cultura norteamericana en los estudios actuales, sobre todo en los «de género», que abordan los problemas de la mujer, los grupos étnicos, las mentalidades norteamericanas desde la perspectiva contemporánea, o la globalización cosmopolita y transnacional. Señalamos asimismo las comunicaciones sobre varios autores antiguos, firmadas por Liviu Franga (los epigramas de Marcial) y Mariana Franga (las fábulas de Fedro).

En la sección «Académica», se menciona, entre otros acontecimientos de la vida cultural y académica bucarestina, el coloquio «Del Renacimiento al Barroco», organizado por el Instituto Cervantes de Bucarest en junio de 2000.

Los *Anale* de la Facultad de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad «Spiru Haret» de Bucarest, por la variedad y calidad de sus contribuciones, el enfoque metodológico, los análisis profundos y pormenorizados, y la actualidad de los paradigmas científicos en que se fundamentan los estudios publicados, son una seria e interesante tarjeta de visita de esa institución y de sus profesores.

DAN MUNTEANU COLÁN

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

ESCANDELL VIDAL, M.^a VICTORIA, *Fundamentos de semántica composicional*, Barcelona, Ariel, 2004, 349 págs.

Estamos ante una obra que llena un vacío en la bibliografía en español sobre semántica. Hasta ahora no existía una introducción a la semántica teórica de modelos (*model-theoretic semantics*) o semántica formal, específicamente dirigida a los estudiantes e interesados por conocer los rudimentos de una parte importante de la semántica que se hace hoy en día. Esta parte de la semántica, que se ocupa de detallar cómo se obtiene el significado de las oraciones a partir del significado de sus sintagmas constituyentes, desde la óptica de la teoría semántica veritativa de las lenguas naturales, está hoy en día afianzada internacionalmente como un campo curricular necesario en la formación de estudiosos del lenguaje y las lenguas. Buena prueba de ello es la apreciable cantidad de manuales introductorios sobre esta mate-

ria que han sido publicados en el extranjero desde el año 2000 hasta la fecha. Esto obedece, sin duda, a la creciente demanda de textos de consulta y estudio que permitan adentrarse en una disciplina difícil, pero necesaria para comprender buena parte de la lingüística actual.

Como es sabido, este enfoque de la semántica utiliza diversos lenguajes formales (lógica de predicados, teoría de conjuntos, álgebra abstracta) para hacer explícitas las leyes de composición de la semántica de las oraciones. Por ello, adentrarse en esta disciplina supone manejar con cierta soltura esos lenguajes. Por desgracia, no todos los estudiosos del lenguaje ni todos los estudiantes están en posesión de estas habilidades. Por tanto, la aparición de este libro, hecho especialmente para ellos, constituye una aportación bibliográfica imprescindible.

La claridad y la accesibilidad de los contenidos del libro hacen de él un instrumento ideal para todo aquel que, con poco o ningún conocimiento de los lenguajes formales, quiera introducirse en el campo de la semántica teórica de modelos sin necesidad de hacer un esfuerzo demasiado grande. Este es el gran mérito de la autora, que ha sabido mantener en todo momento un tono didáctico que ayuda al lector de modo muy eficaz.

Conforme se va avanzando en cada capítulo, van apareciendo preguntas que obligan al lector a hacer un alto en el camino para reflexionar y preparar lo que va a venir después. Si el lector sigue este modo de proceder, la comprensión de los contenidos está prácticamente asegurada. Además, cada capítulo termina con un resumen que ayuda a integrar y asimilar lo ya visto en él. A partir del segundo capítulo, aparece como introducción un resumen de lo estudiado en el anterior, lo que posibilita retomar el hilo de la exposición con mucha facilidad. Los ejercicios resueltos ayudan de forma inmediata a la asimilación de todo lo que se va explicando. Como vemos, las cualidades pedagógicas del libro son realmente sobresalientes.

El libro se abre con una introducción a la semántica composicional en los tres primeros capítulos; quizás la mejor que existe en español, por su claridad y su carácter persuasivo y estimulante. El cuarto capítulo trata de las relaciones semánticas entre oraciones y el quinto, de la estructura semántica de las oraciones. A los determinantes y cuantificadores está dedicado el capítulo sexto y el séptimo expone la semántica de los modificadores nominales. En ambos capítulos se logra conciliar tres aspectos que no siempre confluyen en las exposiciones de estas cuestiones: el rigor, la accesibilidad de los contenidos y la ejemplificación gramatical. En efecto, hay muchas exposiciones de la teoría de los cuantificadores generalizados muy rigurosas pero muy difíciles de seguir para el no avezado en lógica; las hay también muy accesibles, pero poco rigurosas; hay otras que se detienen en los hechos gramaticales sin hacer explícitas las propiedades formales. El equilibrio que consigue la autora respecto de los tres aspectos en su exposición de la semántica de los cuantificadores es realmente encomiable y digno de ser admirado.

La semántica del tiempo y de las relaciones temporales ocupa el capítulo octavo. El noveno trata de la semántica de la modificación circunstancial y el décimo versa sobre los contextos modales, contrafactuales y de actitud proposicional, que suscitan algunos de los problemas más difíciles para la semántica teórica de modelos de las lenguas naturales. Como no podía ser de otra manera, aquí sólo se esbozan algunos de los problemas esenciales, pero con la claridad suficiente para que el lector pueda hacerse una idea cabal de cuál es el fundamento de esos problemas y esté en condiciones de comprender la bibliografía especializada.

He aludido a la cuestión de la dificultad de mantener un equilibrio entre el rigor y la facilidad de comprensión. Este aspecto está brillantemente resuelto en el libro. Sólo tengo un pequeño reparo al respecto, que paso a exponer. La autora, en las páginas 192-196, esboza de forma transparente y cristalina el análisis russelliano de las descripciones definidas. El afán por conseguir una explicación lo más sencilla posible hace que su formulación se haya visto simplificada en exceso, según mi opinión. En efecto, en la fórmula (66) de la página 193:

$$(66) \exists x \text{ RF}(x) \ \& \ \forall y [\text{RF}(y) \rightarrow y = x] \ \& \ \text{C}(x)$$

la variable x aparece sin ligar en el segundo y el tercer enunciado coordinado. Para conseguirlo basta con introducir dos corchetes adicionales:

$$(66) \exists x [\text{RF}(x) \ \& \ \forall y [\text{RF}(y) \rightarrow y = x] \ \& \ \text{C}(x)]$$

Creo que este procedimiento no complica la fórmula en exceso y la hace más rigurosa desde el punto de vista formal.

Siguiendo con la exposición de este análisis, en las páginas 194 y 195 aparece el enunciado:

$$(70) (N \cap P) \ \& \ (|N| = 1)$$

sin embargo $N \cap P$ (a diferencia de lo que ocurre con $N \subseteq P$ o $x \in P$) no es un enunciado y, por tanto, técnicamente no se puede unir a otro enunciado mediante la conjunción, en el metalenguaje adoptado en el libro. Propongo simplemente sustituir $N \cap P$ por $N \cap P \neq \emptyset$, que sí es un enunciado y que nos dice que hay al menos una entidad que es miembro de N y de P ; como en la siguiente proposición se nos dice que N sólo tiene un elemento, de aquí deducimos $N \subseteq P$, tal como nos hace ver la autora en la página 195.

Otro pequeño detalle que creo que puede inducir confusión en el lector es el que aparece en la página 325, donde se afirma que el cardinal de un conjunto sin ningún elemento es el conjunto vacío. Creo más adecuado decir que el cardinal de un conjunto vacío es 0, con lo que tenemos:

$$|\emptyset| = 0$$

dado que se suele definir el cardinal de un conjunto como el valor de la función que asigna a un conjunto un número natural: el número de sus elementos.

Hay poquísimas erratas en el libro; quizás, la única que merezca la pena señalar, por la confusión que puede crear en el lector principiante, es la de la página 119, en la que *necesaria* y *suficiente* aparecen en lugares intercambiados.

El libro está enriquecido con dos elementos muy necesarios en una obra de estas características: un repertorio de símbolos y abreviaturas, absolutamente esencial en los libros de semántica formal, ya que autores diferentes pueden utilizar símbolos diferentes o con distinto significado, y un glosario explicativo de términos técnicos.

En epílogo prospectivo, la autora menciona que el libro debe ser un lugar de partida más que de llegada. Para propiciar esto, al final de cada capítulo se mencionan las consultas bibliográficas que es necesario hacer para ampliar y profundizar en las distintas cuestiones y problemas expuestos.

La bibliografía está totalmente actualizada y en líneas generales es adecuada. Creo, de todos modos, que, dado que la bibliografía en español sobre la materia es muy escasa, se podrían haber añadido dos títulos que constituyen otras tantas buenas ayudas para el lector interesado. En primer lugar, tenemos en español una de las introducciones más sencillas a la semántica teórica de modelos que se han escrito: la de E. Bach 1997. En segundo lugar, el libro de S. Serrano 1977 es una muy buena exposición para los lingüistas de los lenguajes formales usados en esta semántica.

En resumen, estamos ante un libro muy recomendable, sin reserva alguna, para quienes deseen introducirse en el fascinante mundo de la semántica de las lenguas naturales.

REFERENCIAS

- Bach, E., 1997: *Lecciones Básicas de Semántica Formal*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona.
- Serrano, S. 1977: *Lógica, Lingüística y Matemáticas*, Barcelona, Anagrama.

JUAN CARLOS MORENO CABRERA
Universidad Autónoma de Madrid

GARCÍA MOUTON, PILAR, *Así hablan las mujeres. Curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*, Madrid, La Esfera de los libros, 2003, 227 págs.

Aunque no todas las mujeres son de Venus ni todos los hombres de Marte es evidente que nunca se han educado igual y que existen vivencias, conocimientos heredados, sentimientos y puntos de vista que hacen que la comunicación entre los sexos resulte en ocasiones dificultosa. Así, son frecuentes las quejas femeninas sobre lo inexpresivos y lo poco comunicativos que pueden resultar los hombres, y, desde el punto de vista contrario, arrecian las quejas sobre lo agobiantes e imprevisibles que pueden llegar a ser las mujeres con su forma de hablar. Pues bien, este libro nos habla del estilo comunicativo de las mujeres y, por extensión, del de los hombres, y lo hace con un estilo sumamente sencillo, poniendo al alcance de todos las más recientes teorías sociolingüísticas: «No intenta ser profundamente científico, por eso no da los aburridos tantos por ciento que llenan nuestros artículos de lingüistas, ni pone a pie de página las notas con la bibliografía especializada, pero conviene aclarar que se apoya en estudios y en conocimientos serios, y trata de divulgarlos» (pág. 21). La obra, en efecto, está concebida con una intención eminentemente divulgativa, de ahí que se detalle el significado de términos tan elementales como *tag questions* —«preguntas aparentemente innecesarias que se colocan al final de una frase del tipo *Nos gustaría que vinieses más a vernos, ¿verdad?*» (pág. 75)—, «rasgos suprasegmentales» —«se habla de rasgos suprasegmentales para referirse a los que son externos a la palabra, pero resultan importantes a la hora de transmitir un mensaje de una manera u otra» (pág. 141)—, o que se especifique que «los lingüistas llaman léxico al vocabulario, al conjunto de palabras de un idioma, pero también a las que utiliza, por ejemplo, una persona» (pág. 121). Estas explicaciones, justificables tan sólo en atención a un público profano, y la ausencia de notas a pie de página, no van, sin embargo, en menoscabo de la solidez científica de las conclusiones finales, avaladas por el prestigio de una autora que cuenta con una sólida trayectoria profesional. Nos hallamos, en efecto, ante una obra «original» en el sentido «femenino» y elogioso que Álex Grijelmo le imputa en el prólogo, porque Pilar García Mouton, además de basar su argumentación en ejemplos de rabiosa actualidad, no toma como referencia el sistema gramatical ni el «machismo histórico del diccionario», sino que se adentra en la mentalidad lingüística femenina «para describir sus refugios, sus reflejos y su experiencia, de modo que con ellos podamos también descubrir sus miedos» (pág. 14).

En el primer capítulo, «Hablar no quiere decir lo mismo para todos» (págs. 23-69), recalca García Mouton el hecho de que, al parecer, hombres y mujeres necesitan marcar también a través del lenguaje que son diferentes. La conversación, terreno en el que deben consensuarse tanto el tiempo, como los turnos de habla y sus cambios, y la atención y el interés del que escucha, puede ser pacífica o agresiva dependiendo del contexto y de los interlocutores, más problemática cuando éstos

son hombre y mujer, pues ambos sexos no sólo se diferencian por las palabras que prefieren, sino por cómo las usan y por las diferentes ideas que tienen acerca de la conversación. Para el hombre, en efecto, hablar suele ser sinónimo de comunicar información, de decir algo concreto; para una mujer también, pero hablar significa sobre todo intercambiar opiniones, expresar y analizar sentimientos, manifestar posturas de oposición, solidaridad, aprobación, negación..., lo que corrobora el aserto tantas veces repetido de que los hombres hablan mucho de «lo que pasa» y las mujeres de «lo que les pasa». El tópico de la incontinencia verbal de las mujeres, que no sólo las llevaría a hablar sin parar sino también a interrumpir, quedaría desmentido, sin embargo, por estudios que demuestran que es el hombre el que, por el mayor poder y dominio que ha tenido en otros contextos, más se ha permitido interrumpir a la mujer. El estilo comunicativo femenino se caracterizaría, en todo caso, por solapamientos cooperativos o de colaboración, porque desde su perspectiva escuchar no significaría tan sólo oír, sino hacerlo atentamente, siendo la mejor forma de demostrarlo la de hacer preguntas breves y oportunas que animen a la persona que habla, o exclamaciones de interés o sorpresa —las famosas *tag questions*—, así como asentir y mostrar con el gesto y la sonrisa su conformidad con lo que se dice. Uno de los aspectos más significativos tratados en este capítulo es el del silencio, referido sobre todo a esas conversaciones, tópicas donde las haya, en las que una mujer solicita al hombre que hable de sus sentimientos y acaba provocando, con su insistencia, la conducta justamente contraria. La mujer habla al hombre del que se ha enamorado como a sus amigas más cercanas, y espera, a cambio, que éste responda con un trato recíproco, lo que puede dar pie a futuras riñas porque él, con su mejor voluntad, le contestará siempre con su propio estilo de conversación, mucho más aséptico, informativo, y menos sentimental, un estilo que incluye silencios. La interpretación del silencio es, precisamente, uno de los mayores problemas culturales entre la mujer y el hombre: el hombre se puede instalar perfecta y cómodamente en el silencio, sintiéndose incluso reconfortado por el silencio femenino; pero las mujeres suelen inquietarse y malinterpretar el silencio masculino, cosa que sucede porque lo interpretan desde su estilo femenino, en el que el éste se define como hostil o agresivo. Esto es por lo que, entre otras razones, las conversaciones mixtas resultan más difíciles que las que tienen lugar entre personas del mismo sexo.

Si tuviéramos que resumir en dos palabras cómo quiere la sociedad que sea la mujer al hablar —nos dice García Mouton en el segundo capítulo, «Hablar en femenino» (págs. 71-101)—, podemos hacerlo mediante dos adjetivos: expresiva y suave. Para ello emplea recursos que logran que su lenguaje transmita más sentimiento y sea más educado, lo que se traduce, por un lado, en el uso de más adjetivos, superlativos, partículas intensivas, diminutivos y palabras «expresivas», y, por otra parte, en la utilización de formas variadas de atenuar, de moderar y matizar lo que dice. En el tercer capítulo —«¡Habla bien!» (págs. 103-120)— se refiere la autora a la otra cara de la sanción social sobre el lenguaje femenino y su «corrección»:

el peso del eufemismo. Evidentemente, el lenguaje grosero, las blasfemias y el argot le han estado siempre expresamente prohibidos; pero también las cuestiones relacionadas con el cuerpo de la mujer y con su función reproductora han sido en cierto modo tabú. Ni siquiera hoy se habla explícitamente de algo tan incómodo de nombrar desde el punto de vista social como la menstruación —tema que sólo se trata, y no tranquilamente, entre mujeres—, o el sexo, campo en el que éstas, aunque cuentan con un amplio repertorio de eufemismos, carecen de la riqueza léxica de los hombres. La sociedad maneja, además, una doble moral lingüística: las palabras malsonantes, en virtud del prestigio encubierto, no lo son tanto si las dicen hombres en un contexto relajado y coloquial. Aunque algunas mujeres jóvenes, percibiendo el prestigio que el uso de palabras soeces tiene entre los hombres, copien su lenguaje, con el paso del tiempo suelen abandonar sus «coqueteos adolescentes» con las palabrotas, porque la censura social y la autocensura femenina las apartan paulatinamente de ellas. En «Palabras de mujer» (págs. 121-133) se detalla cómo las diferencias, más o menos sutiles, entre el habla de hombres y mujeres referidas a la expresividad, la sensibilidad o el afecto, se refieren, ante todo, al léxico, que, por contraposición a ciertos aspectos gramaticales, puede variar con relativa facilidad. En algunas clases sociales —alta y medioalta— la voluntad de diferenciarse por arriba lleva a las mujeres, auténticos «agentes de refinamiento lingüístico» (pág. 124), a usar palabras rebuscadas y escogidas, a menudo neologismos. A base de ser éstas las palabras preferidas por ellas, llegan a resultar tan femeninas para quien las oye que los hombres las evitan en los mismos contextos por temor a parecer afeminados.

Por otra parte, se destaca que, aunque estamos en un momento en que los temas deberían haber pasado de ser propios de un sexo a ser comunes, la cultura en que nuestros jóvenes han crecido se ha transmitido con características especializadas para cada uno. Hoy, en los niveles menos ilustrados, existe una cultura bien segmentada por sexos: sigue habiendo revistas para mujeres y revistas para hombres, programas de televisión concebidos para un público especialmente femenino y otros masculinos; y lo mismo pasa con las películas, con los libros, etc. Aunque en los últimos años asistimos a una atención mayor hacia el público femenino desde los medios de comunicación, este interés no ha hecho más que reafirmar los peores tópicos sobre los intereses femeninos con programas «cutres y pseudofeministas» (pág. 132).

En el quinto capítulo —«La cortesía» (págs. 135-156)— señala la autora cómo los estudios que se han hecho apuntan que, en igualdad de condiciones, las mujeres resultan más corteses o educadas que los hombres, pues recurren más que ellos a las estrategias de cortesía y evitan también los actos de habla descorteses: las mujeres han sido educadas para ser las «geishas del lenguaje» (pág. 137). Además de las normas prohibitorias ha habido otras que las han educado en el arte de escuchar y de lograr que la conversación fluya suavemente por derroteros agradables. Si además parpadean, asienten, sonríen y hacen las preguntas oportunas para que su inter-

locutor se sienta valorado y escuchado, «miel sobre hojuelas». La cortesía, según dicen los entendidos, busca el equilibrio en la relación y en la conversación tratando, por una parte, que el interlocutor se sienta considerado y a gusto, y, por otra, que no se pueda sentir molesto por nada de lo que se diga. No se admiten, por tanto, los insultos ni las críticas, pero tampoco las preguntas indiscretas ni las órdenes tajantes. Entre las elementales habilidades de cortesía atribuidas básicamente a la mujer se cuentan el desviar una conversación conflictiva hacia otros derroteros, sacar temas de conversación agradables, evitar los temas problemáticos, recurrir a la indirecta, evitar las palabras ofensivas, suavizar con los gestos...; y, entre las fórmulas para resultar cortés, poner reticencias a su propia opinión, llegar a afirmar que probablemente no sea ella la persona más adecuada para disentir, buscar la complicidad del que va a contradecir con otras estrategias de *captatio benevolentiae*, subrayar los puntos de coincidencia quitándole importancia a su desacuerdo, expresar sus reticencias como si no fueran suyas, o callar su desacuerdo con un silencio educado que no deja ver ninguna discrepancia. Muchos hombres educados pueden utilizar las mismas estrategias, recursos corteses al fin y al cabo, pero en general ellos pueden llevar más la contraria e interrumpir más en público porque han sido educados así. Ellas, por otro lado, son más efusivas, por lo que se besan y se tocan más que los hombres; usan más los cumplidos, los elogios y los halagos; y son solidarias en las quejas. La cortesía verbal de la mujer se ha relacionado a menudo con la teoría sociolingüística de la inseguridad y la ultracorrección, pero la cortesía no es sólo una defensa de los más débiles: «Existe una cortesía de los poderosos que puede ser lingüísticamente perfecta pero conceptualmente terrible» (pág. 156).

En «¿Son ciertos los tópicos sobre el lenguaje de la mujer» (págs. 157-174) se enumeran los tópicos sobre el lenguaje femenino, según los cuales la mujer habla demasiado, charla, interrumpe y no sabe qué va a decir cuando empieza a hablar, por lo que no acaba las frases y se le escapan los secretos antes de que le dé tiempo a pensar que no debería divulgarlos, panorama de irreflexión e incontinencia ante el que es preferible que permanezca callada. Pero al tiempo están los tópicos que la presentan como capaz de un uso hábil y calculado de la palabra, lo que la hace temible, porque halaga, embauca, seduce, manipula, miente, lanza indirectas, incita a hablar al hombre con su habilidad para escuchar y preguntar, se simula tonta para ganárselo, y es más educada lingüísticamente hablando que él, comportamientos que, según el cristal con que se mire, son interpretados como hipócritas o corteses. En cualquier caso, debe recordarse que hablamos tan sólo de tendencias generales. El séptimo capítulo —«Las mujeres hablan a la moda» (págs. 175-182)— detalla cómo las mujeres —y no sólo las de ciudad, más o menos sofisticadas— buscan la corrección y acatan ciertas reglas sociales que pesan sobre la expresión femenina, copiando las formas lingüísticas que les parecen más prestigiosas. La inclinación de las mujeres hacia una forma de hablar cuidada se percibe claramente no sólo en la forma de pronunciar, sino, sobre todo, en el léxico, aunque parece evidente que a

medida que la mujer envejece, algunos de estos rasgos excesivamente dependientes de la moda se atenúan. Ahora bien, incluso en el sector más joven, no todas las mujeres hablan de acuerdo con estas pautas tan marcadas, porque las hay muy sobrias en su discurso, hasta el punto de que sería muy difícil saber por su forma de hablar si se trata de un hombre o una mujer.

En el octavo capítulo —«Lenguaje 'femenino', ¿un lenguaje sin poder?» (págs. 183-191)— se pasa revista a cuestiones que, a raíz del movimiento feminista, han tenido una notable resonancia en el ámbito de la cultura occidental. Desde un punto de vista objetivo se dice que, en general, la mujer habla «mejor» que el hombre, pero no menos cierto es el hecho de que la abundancia en su discurso de rasgos que la sociedad considera femeninos contribuye a quitarle credibilidad a su forma de hablar. En sus primeros tiempos de autoanálisis, las feministas dictaminaron que las diferencias lingüísticas de la mujer la colocaban en una situación de patente inferioridad y que, sin duda, la perjudicaban. Querían que las mujeres emplearan un lenguaje más asertivo, capaz de transmitir seguridad, credibilidad y eficacia, virtudes que siempre se habían considerado propias del lenguaje masculino, y llegaron a hablar, incluso, de «reeducarlas» lingüísticamente. Todo esto hoy nos parece exagerado, pero conviene ser conscientes de la imagen que la forma de hablar transmite; así las mujeres podrán elegir cuándo quieren evitar las marcas que están cercanas a los estereotipos femeninos más rechazados en determinados ambientes. Hay que recordar, no obstante, que el equilibrio es difícil: si intentan conseguir un lenguaje aséptico no se les reconoce eficacia y objetividad, como a ellos, sino que se las tacha de secas y bruscas, de ser más áridas y pedantes en sus exposiciones que los hombres; el estilo femenino, por otro lado, contribuye más que a potenciar las relaciones jefe-subordinado, a que se la vea como insegura y sin autoridad, o bien manipuladora y retorcida. En suma, los rasgos femeninos, si son exagerados, pueden restar credibilidad a la mejor candidata, porque se identifican siempre con los de una persona subalterna.

Para terminar, Pilar García Mouton incluye, como capítulo noveno, una «pequeña guía desapasionada que ayuda a descubrir y evitar ciertos rasgos sexistas en la lengua»: «Se puede ser sexista sin querer» (págs. 193-220). Desde la última mitad del siglo xx el movimiento feminista, centrado en buscar la huella que la injusta discriminación de la mujer ha dejado en la lengua y en tratar de limpiar el lenguaje de esa lacra, ha conseguido que se hayan escrito miles de páginas sobre el tema de mujer y lenguaje. Los científicos se han mantenido distantes de estos conflictos sociales, mirando con recelo la pretensión feminista de actuar sobre el lenguaje para librarlo de sus rasgos sexistas, sobre todo cuando se ha pedido, por ejemplo, que se cambien en bloque ciertas definiciones lexicográficas de la Real Academia Española. En muchos casos tienen razón los feministas, pero es evidente que también la tienen los lingüistas cuando dicen que no es sexista la lengua, sino la sociedad. García Mouton analiza en este capítulo algunos de los vocablos y expresiones más conflictivos en este sentido.

Para concluir, la autora redacta unas líneas en las que se duele de las muchas cosas que le quedaron por decir, especialmente por lo que respecta a la importancia que tienen en la forma de hablar las diferencias cerebrales entre hombres y mujeres, y a las singularidades de la conversación masculina. No obstante, manifiesta que habrá conseguido su objetivo si logra con esta obra hacer pensar al gran público en cosas que normalmente no trascienden el ámbito cerrado de la lingüística. Quien desee profundizar en el tema cuenta, de todos modos, con una selecta bibliografía (págs. 223-227).

MÓNICA M.^a MARTÍNEZ SARIEGO

GARCÍA NEGRONI, MARÍA MARTA, *Gradualité et réinterprétation*, Paris, L'Harmattan, 2003, 280 págs.

Aunque escrito en francés, este libro de la profesora de la Universidad de Buenos Aires María Marta García Negroni estudia diferentes fenómenos del español relacionados con la reinterpretación, la gradualidad y las escalas argumentativas. Su principal fundamento teórico se encuentra en la Teoría de la Argumentación en la Lengua. García Negroni es discípula de Oswald Ducrot¹, quien dirigió su tesis doctoral (García Negroni 1995).

El libro consta de tres partes. Se describen en la primera los principales conceptos teóricos de la Teoría de la Argumentación en la Lengua en relación con la reinterpretación (págs. 11-55); la segunda se centra en las reinterpretaciones con *incluso* (págs. 53-138); y, por fin, la tercera desarrolla la relación entre la reinterpretación y el concepto de modificador sobreerrealizante (págs. 139-259).

La reinterpretación para García Negroni consiste en la asignación de un segundo valor semántico a un enunciado al que ya se le atribuyó un valor semántico en el momento de su enunciación. Un ejemplo sería: *María es inteligente, incluso muy inteligente*. En un primer momento el hablante afirma que *María es inteligente*, pero inmediatamente después considera que su interlocutor pudiera interpretar esta propiedad de un modo inadecuado —en este caso, débil—, y presenta un nuevo predicado —*muy inteligente*—, para que se comprenda del modo que desea. Este tipo de reinterpretación trae pareja la creación de una escala —pues *muy inteligente* es un predicado argumentativamente más fuerte que *inteligente*— y, por consiguiente, la idea de gradualidad.

¹ Con motivo de la jubilación de Oswald Ducrot (París, 1930) como profesor de la École de Hautes Études en Sciences Sociales, se han publicado dos homenajes: en francés Carel 2002, y en español Narvaja de Arnoux y García Negroni 2004. En los dos hay una lista de publicaciones de este lingüista.

En cuanto al instrumental teórico que utiliza, García Negroni combina la Teoría de los topos con referencias a la Teoría de los bloques semánticos. La Teoría de la Argumentación en la Lengua de Oswald Ducrot y Jean-Claude Anscombre ha sufrido importantes variaciones en los últimos años. La colaboración de estos investigadores llega hasta principios de la década de 1990. Su última propuesta conjunta fue la Teoría de los topos, teoría que se recoge en la versión española de *La argumentación en la lengua* (1994)². Después los caminos se han separado con visiones propias sobre la argumentación. Oswald Ducrot ha desarrollado junto a Marion Carel la Teoría de los bloques semánticos (Ducrot 2001 y 2004) y Jean-Claude Anscombre ha reelaborado la anterior Teoría de los topos en una Teoría de los estereotipos (Anscombre 2001).

En su estudio de *incluso*, García Negroni distingue, en primer lugar, usos que son reinterpretaciones de otros que no lo son, como, por ejemplo, *habla inglés, francés, italiano, alemán e incluso hebreo*; aquí *incluso hebreo* no reinterpreta los elementos anteriores. Ya dentro de las reinterpretaciones diferencia un *incluso* exceptivo (*trabaja todos los días, incluso los domingos*) y otro comparativo (*María es inteligente, incluso muy inteligente*). En el primer caso, *incluso los domingos* obligaría a reinterpretar *todos los días* de acuerdo con un aspecto exceptivo desde un punto de vista de la Teoría de los bloques semánticos, es decir, *incluso los domingos* argumentaría en contra del aspecto normativo del significado de *día* <+día laborable, +trabajar>.

Menos compleja es la elucidación del *incluso* comparativo. Hay que destacar en ella la detenida y convincente exposición del proceso de reinterpretación que se produce en estos casos. Esta explicación, como las demás del libro, está apoyada en buenos ejemplos, si bien en algunas ocasiones los juicios de agramaticalidad parecen demasiado rigurosos, al menos para la conciencia lingüística de un español.

La tercera parte del libro se centra en el proceso de reinterpretación y su relación con los modificadores sobrerealizantes. Ducrot (1995) distinguió entre dos tipos de modificadores respecto a un núcleo: los desrealizantes y los realizantes. Los primeros disminuyen e incluso invierten la fuerza argumentativa del núcleo. En *Juan es un profesional incompetente*, por ejemplo, el modificador desrealizante *incompetente* invierte la argumentación de *profesional*: si a un profesional le pidiéramos consejo, no lo haríamos a un profesional incompetente. Los segundos modificadores —los realizantes— aumentan la fuerza argumentativa de este núcleo. Así, tendremos de *Juan es un profesional competente*: si a un profesional le pidiéramos consejo, con más razón lo haríamos a un profesional competente. García Negroni ya había demostrado en su tesis doctoral la necesidad de un tercer tipo: los modificadores sobrerealizantes —*Juan es un profesional extraordinario*—. En este caso, a diferencia de los modificadores realizantes, el elemento que se modifica se sitúa en

² Hablo de versión, porque no se trata de una simple traducción de la edición en francés de 1983, ya que se eliminan algunos capítulos y se añaden otros.

la posición extrema de su escala argumentativa. García Negroni describe con talento y rigor lingüístico las diversas propiedades de este tipo de modificadores. Entre ellas destaca que sea posible introducir una conjunción *pero* entre el modificador sobrerealizante y el núcleo sin que se comprenda como una oposición —*Juan es un profesional pero extraordinario*—. Obsérvese, por otra parte, que el fenómeno que hallamos en este uso de los modificadores sobrerealizantes es cercano al que acabamos de ver de la reinterpretación con *incluso*, pues también aquí se ha de reinterpretar un miembro dicho anteriormente (*profesional*) a partir de otro en una posición más alta en la escala (*profesional extraordinario*), esto es, se interpreta aproximadamente: cuando he dicho profesional, he querido decir profesional extraordinario. Es, sin duda, en esta tercera parte del libro en la que la contribución de García Negroni es más destacable, ya que se enfrenta con rigor y con buenos resultados a un problema de estructuras enfáticas, un tipo de problema siempre difícil de asir en los estudios lingüísticos.

En suma, la obra de García Negroni constituye una muy valiosa aportación a los estudios semánticos y discursivos sobre la lengua española desde una teoría que, pese a ser extraordinariamente interesante y productiva, es con frecuencia desatendida por hallarse escasamente difundida en el dominante mundo anglosajón.

REFERENCIAS

- Anscombre, J. C. 2001: «Le rôle du lexique dans la théorie des stéréotypes», *Langages* 142, págs. 57-76.
- Anscombre, J. C. y Ducrot, O. 1994: *La argumentación en la lengua*, trad. de Julia Sevilla y Marta Tordesillas, Madrid, Gredos.
- Carel, M. (ed.) 2002: *Les facettes du dire. Hommage à Oswald Ducrot*, París, Kimé.
- Ducrot, O. 1995: «Les modificateurs déréalisants», *Journal of Pragmatics* 24, págs. 45-72.
- 2001: «Critères argumentatifs et analyse lexicale», *Langages* 142, págs. 22-40.
- 2004: «Sentido y argumentación», en Narvaja de Arnoux, E. y García Negroni, M. M. 2004, págs. 359-370.
- García Negroni, M. M. 1995: *Réinterprétation et scalarité: les instructions de re-lecture dans la langue*, París, École de Hautes Études en Sciences Sociales, tesis doctoral inédita.
- Narvaja de Arnoux, E. y García Negroni, M. M. (eds.) 2004: *Homenaje a Oswald Ducrot*, Buenos Aires, Eudeba.

JOSÉ PORTOLÉS LÁZARO
Universidad Autónoma de Madrid

GOLSTEIN, BERNARD, *Grammaire du turc. Ouvrage pratique à l'usage des francophones*, 2.^a ed. revisada y corregida, París, L'Harmattan, 1999, 282 págs.

Esta segunda edición, revisada y corregida, de la gramática de Bernard Golstein pone de manifiesto la importancia y el respeto que entre los lectores ha producido este trabajo. La falta de obras en otros idiomas más accesibles, así como la orientación eminentemente práctica por la que se ha optado para la composición de la misma, hacen de ella un trabajo muy valioso. Sin embargo, y como se verá más adelante, esto constituye también un punto débil que inevitablemente ha de tenerse en cuenta.

La gramática está dividida en 24 capítulos organizados en cinco apartados, los cuales se reparten tanto el ámbito histórico, como el práctico y el puramente gramatical. De este modo, los cuatro primeros se ocupan de la descripción de la historia y gramática de la lengua turca, mientras que el quinto es un tratado didáctico sobre los aspectos y temas más importantes a la hora de poner en práctica la lengua. Como es habitual, el libro se inicia con un «Avant-propos» (pág. 7) donde el autor establece los objetivos de esta obra: ser informativa, práctica y en la medida de lo posible completa.

La primera parte (págs. 21-50) estudia la historia de la lengua turca, sus características generales, la fonología y el sistema sufijal. La sección histórica resulta útil en tanto en cuanto se ha conseguido resumir en poco más de cuatro páginas (págs. 21-24) el dilatado y complejo devenir del turco, desde sus orígenes en el s. VI hasta nuestros días. Con referencia al ámbito histórico se antoja de absoluta actualidad y de lectura obligada Lewis 2000. En la sección de características generales llama poderosamente la atención el epígrafe «Confusion des genres» (pág. 26), según el cual el profano podría entender que en algún momento de la historia de la lengua turca ésta dispuso de género gramatical, pero lo cierto es que incluso más allá del modelo proto-altaico, árbol genealógico al que pertenecerían las lenguas túrcicas, mongólicas, tungusas, japonesicas y el coreano y sobre el que el autor no hace un solo comentario (Vovin 1994, 2001), no hay ningún rastro de la existencia de un género gramatical tal y como se entiende en las lenguas indoeuropeas. De haber existido una diferencia de esta clase, el patrón sería desde una perspectiva nostrática animado e inanimado, de lo cual hay rastros en antiguo turco (Grønbech 1936, Gabbain 1950).

La segunda parte (págs. 51-100) está dedicada por completo a la descripción del sistema nominal, que incluye sustantivos, adjetivos, pronombres, adverbios, posposiciones y conjunciones. Por su parte, la siguiente sección (págs. 101-190) hace lo propio con el sistema verbal. Al tratarse de un tema ciertamente complicado, el autor ha decidido extenderse para estudiar de forma detallada el verbo turco. Para ello se ha detenido entre otras en la descripción de la base verbal, de las formas conjugadas y finitas y en algunas formas complejas, como las incoativas, e. g.

utanır oldum «j'ai été pris de honte» (pág. 181) o las intencionales, e.g. *baskı arttikça kabul edecek oluyor* «avec la pression qui augmente, il est prêt à accepter» (pág. 182). Una última sección, titulada «Récapitulatifs» (págs. 184-190) contiene utilísimos resúmenes en forma de tablas con el valor de las clases nominales, la conjugación completa, y el adjetivo y el nombre verbales. La tercera parte (págs. 191-252) analiza la sintaxis, haciendo especial hincapié en la frase compleja y en las expresiones circunstanciales («Expressions circonstancielles», págs. 233-252), que realmente se corresponden con las proposiciones subordinadas circunstanciales. Aunque esto debería constituir una subsección del capítulo precedente, no menos cierto es que se trata de una cuestión espinosa y que en la lengua turca resulta muy rica.

La quinta y última parte, «Le Turc au Quotidien» (págs. 253-277), está destinada a la parte práctica. El autor ha creído oportuno reservar algunos aspectos morfológicos como los numerales para esta sección, pero no deja de ser un tanto desconcertante esta organización. En cualquier caso, también se trata la expresión de fechas y horas, expresiones típicas de la vida cotidiana (apellidos, tratamientos, viajes, incluso interjecciones y gestos). Asimismo, hay un apartado muy interesante dedicado a los proverbios (págs. 275-6, cf. Seaburn y Chekwes 2000, y otro, más extraño, sobre algunas citas célebres, e. g. *Ne mutlu Türküm diyene* «heureux qui dit 'Jeu suis turc'» o *Türk, özgün, çalış, güven* «Turc, vante-toi, travaille, aie confiance» (pág. 277), todas a cargo de Mustafa Kemal Atatürk (1881-1938), el «Padre de los Turcos», que en 1919 consiguiera la independencia del estado y del pueblo turco, siendo presidente durante quince años, hasta su fallecimiento, de la República de Turquía por él creada en 1923.

El volumen se cierra con la bibliografía (pág. 279), del todo incompleta y que no recoge, por ejemplo en materia lingüística, la clásica gramática de Lewis 1967 o la siempre recurrente de Underhill 1976, mientras que en el campo cultural olvida los trabajos de Menges 1968 o Krueger 1963. El índice temático (págs. 281-282) es igualmente escueto y poco útil.

En líneas generales, las tablas esquemáticas no deberían sustituir a los ejemplos, de los cuales este libro anda escaso. A este respecto ediciones generales, e. g. Johanson y Csato 1998, resultan más informativas, cuando esto no debería ser así. Otras desventajas obvias, aunque mínimas, son la orientación a un público francófono, y el hecho de que realmente no se trate de una gramática práctica en el sentido de «método de aprendizaje», sino en el de ofrecer multitud de tablas paradigmáticas que como recurso visual resultan óptimas, pero poco instructivas. En cuanto a su orientación, obviamente la gramática fue concebida como ayuda a los estudiantes y curiosos franceses, a imagen y semejanza de Blacher 1997, con las limitaciones idiomáticas que ello supone. Desde un punto de vista hispano, no es demasiada la diferencia y por regla general quien se acerca al conocimiento de la lengua turca ya posee cierto dominio al menos del francés. Sea como fuere, y parafraseando a Ber-

nard Golstein que a su vez lo hace de la inventiva turca, «Utilisez cette grammaire dans les bons jours!».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blacher, P-S. 1997: *Grammaire de turkmène à l'usage des francophones*, Estambul, Les Editions Isis.
- Gabain, A. von 1950: *Alt türkische Grammatik. Mit Bibliographie, Lesestücken und Wörterverzeichnis, auch Neutürkisch*, Leipzig, Otto Harrassowitz.
- Grønbech, K. 1936: *Der türkische Sprachbau*, Copenhagen, Levin & Munksgaard.
- Johanson, L. y Csato, E. A. (eds.) 1998: *The Turkic Languages*, Londres, Routledge.
- Krueger, J. H. (ed.) 1963: *The Turkic Peoples*, Anthropology Language & Linguistics Turkey Social Studies.
- Lewis, G. L. 1967: *Turkish Grammar*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- 2000: *The Turkish Language Reform: A Catastrophic Success*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Menges, K. H. 1968: *The Turkic Languages and Peoples. An Introduction to Turkic Studies*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- Seaburn, G. M. y Chekwas, S. (eds.), 2000: *Popular Turkish Sayings and Proverbs*, 2.^a ed., Seaburn Wisdow Series.
- Underhill, R. 1976: *Turkish Grammar*, Cambridge, MIT Press.
- Vovin, A. 1994: «Long-distance relationship, reconstruction methodology, and the origin of Japanese», *Diachronica* 9, págs. 95-114.
- 2001: «North East Asian historical-comparative linguistics in the threshold of the third millenium», *Diachronica* 18, págs. 93-137.

JOSÉ ANDRÉS ALONSO DE LA FUENTE
Universidad Complutense de Madrid

GÓMEZ TORREGO, LEONARDO, *Análisis sintáctico. Teoría y práctica*, Madrid, Ediciones SM, 2002, 318 págs.

Las corrientes de reflexión sobre la enseñanza y el aprendizaje de la sintaxis cuentan, desde el año 2002, con un nuevo libro de Leonardo Gómez Torrego que, bajo el título de *Análisis sintáctico. Teoría y práctica*, brinda al estudiante, al estudioso y al público lector en general más de trescientas páginas repletas de datos y de ejercicios sobre la estructura de la lengua española y sus relaciones internas. La obra, en sus planteamientos iniciales, se beneficia de los nuevos enfoques que en

los últimos años ha experimentado el estudio de la sintaxis, pero lo hace de una forma clara, sencilla y rigurosa, para reforzar la utilidad didáctica por encima de los excesos terminológicos propios de otros manuales. El libro se convierte así en una herramienta lingüística que, a partir de los cimientos de la tradición, pone al lector en contacto con las modernas corrientes de la gramática sin abusar de la disertación conceptual.

El título de la obra se ha elegido con acierto; en sus páginas se explica el análisis de las oraciones desde una perspectiva teórica y práctica. Esta dualidad rige la estructura compositiva del libro de Gómez Torrego y hasta la disposición tipográfica de los contenidos, que ayuda a delimitar los dos enfoques y, al mismo tiempo, a tomarlos como conceptos inseparables en el campo de la sintaxis: las páginas pares encierran, a modo de ficha, una parte teórica con explicaciones fáciles y razonadas de los fenómenos gramaticales, siempre ilustrados por los oportunos ejemplos; las impares, en cambio, se entienden como unidades prácticas a base de ejercicios de aplicación, en absoluta simetría con los aspectos teóricos expuestos. Las soluciones de estos ejercicios se ofrecen al final del libro (págs. 261-318).

La obra está estructurada en dos grandes bloques, nueva muestra de esa duplicidad de intenciones que rige el esquema del *Análisis sintáctico* de Gómez Torrego: el primer bloque corresponde a la llamada «oración simple»; el segundo atiende a «las oraciones coordinadas y las oraciones subordinadas», con todas sus modalidades.

Los temas dedicados al estudio de la oración simple parten de la distinción entre los conceptos de categoría y función para plantear así las diferencias entre categoría gramatical y función sintáctica, básicas a la hora de reflexionar sobre las nociones de «palabra», «clases de palabras», «sintagma» y «grupo sintáctico». Una vez delimitados los correspondientes campos nocionales, el autor se adentra en la explicación de los conceptos de «grupo nominal» (pág. 26), «grupo adjetival» (pág. 28) y «grupo adverbial» (pág. 30), tomados todos ellos como «categorías grupo», es decir, como un conjunto de palabras que desempeñan «una función sintáctica en la oración» (pág. 20). Después, las denominaciones de «oración y enunciado» (págs. 32-35) abren paso a la definición de la oración simple y sus tipos (págs. 36-49), y a la explicación de las nociones de «sujeto» (págs. 50-65), «predicado» (págs. 66-69), «complemento directo» (págs. 70-78), «complemento indirecto» (págs. 84-93), «complemento circunstancial» (págs. 108-115), «atributo» (págs. 116-123), «predicativo» (págs. 124-129), «complemento agente» (págs. 130-135) y «complemento de régimen» (págs. 136-145). Cada uno de estos conceptos se define con datos que proporcionan las claves para comprender qué lugar ocupan en la oración, cómo es posible reconocerlos, qué categorías pueden desempeñar las funciones representadas por cada uno de ellos, qué posición prefieren, qué concordancias establecen con otras partes de la oración y, en el caso de los complementos, qué tipos de verbos rigen. Este primer bloque se cierra con unas reflexiones muy útiles sobre los elemen-

tos extraoracionales (págs. 146-151) y sobre los valores gramaticales del pronombre *se* (págs. 152-163). Al final se ofrecen propuestas de ejercicios, un total de noventa oraciones, que permiten aplicar los conocimientos adquiridos en las dieciocho secciones dedicadas al análisis de la oración simple y, dado el carácter de los ejemplos, ayudan a los jóvenes, a los que va dirigida la obra, a ir más allá del examen de oraciones vacías de contenido (*El maestro influyó en sus discípulos*), para adentrarse en el estudio de oraciones que enseñan (*Van Gogh y Gaugin influyeron decisivamente en los expresionistas*) o divierten (*Al ombligo le falta el botón*, curiosa greguería de Ramón Gómez de la Serna). La selección de ejercicios, a lo largo del libro, sigue las mismas pautas (véase, por ejemplo, la pág. 27, en la que se someten al análisis sintáctico expresiones relacionadas con los escritos de Cervantes y con títulos de novelas que constituyen grupos nominales).

El segundo bloque versa, como ya se ha apuntado, sobre la oración compuesta. La materia se estructura en cinco grandes apartados, que arrancan de la distinción convencional entre la coordinación y la subordinación (págs. 172-183) como enunciados que se caracterizan por contener «más de un predicado» (pág. 172). Una vez establecidas las diferencias entre ambos tipos, Gómez Torrego se propone —y lo consigue— resolver en esquemas claros toda la complejidad de la oración compuesta; parte de la coordinación y sus cinco tipos, que se definen y organizan según los nexos (copulativas, disyuntivas, adversativas, consecutivas y explicativas). A continuación se adentra en las oraciones subordinadas, primero las sustantivas (págs. 196-217) y, a continuación, las adjetivas o de relativo (págs. 218-228) y las subordinadas circunstanciales (págs. 230-251), «incoherencia terminológica tradicionalmente aceptada», según indica el autor (pág. 178), que pueden clasificarse en adverbiales (de lugar, tiempo, modo, cantidad) y no adverbiales (causales, finales, condicionales, concesivas, comparativas y consecutivas). Este esquema, fiel a la tradición sintáctica, no resultaría interesante si no fuera por el permanente diálogo que el autor mantiene con las teorías consagradas para justificar la inconsistencia, en la práctica del análisis, de muchas de ellas. Una nueva serie de ejercicios permite completar la variedad de conocimientos adquiridos y consolidar las prácticas realizadas en cada sección.

El *Análisis sintáctico: teoría y práctica* de Leonardo Gómez Torrego se nos ofrece, pues, como un manual lleno de sugerencias que invitan a la reflexión sobre las oraciones y sus tipos en español. Como muy bien indica en el prólogo Ignacio Bosque, el libro «presenta las cuestiones fundamentales con la misma claridad de siempre» (pág. 5), en referencia a «los muchos libros didácticos de gramática española, todos excelentes, que su autor ha escrito en los últimos años» (pág. 5). Al lector familiarizado con los estudios del profesor Gómez Torrego no le costará reconocer en este libro los criterios pedagógicos que han guiado la redacción de otros libros suyos como la *Teoría y práctica de la sintaxis* o los abundantes manuales sobre la corrección idiomática, tan útiles para estudiantes y profesores, para aprendi-

ces del español e investigadores cabales. Este nuevo planteamiento metodológico sobre el análisis sintáctico se convierte en una obra abierta, viva, con propuestas originales que, sin duda, van más allá del deseo de ofrecer un libro de consulta para estudiantes. A nadie se le escapará que, detrás de la aparente sencillez en la exposición de los contenidos, se esconden las inquietudes de un exquisito observador del idioma y un conocedor, como pocos, de la enorme complejidad del español en sus usos.

PILAR MONTERO CURIEL

Universidad de Extremadura

LORENZO, GUILLERMO y LONGA, VÍCTOR M., *Homo loquens. Biología y Evolución del lenguaje*, Lugo, Tris Tram, 2003, 202 págs. con tres apéndices y referencias bibliográficas.

El presente libro (en adelante *HL*) consta de dos partes bien diferenciadas. La primera está dedicada a los aspectos biológicos de la gramática y la segunda al tratamiento evolutivo del lenguaje. Cada una ocupa aproximadamente la mitad del libro.

HL se integra dentro de las preocupaciones actuales por insertar las investigaciones gramaticales dentro de una problemática más amplia que tiene que ver con la localización y determinación biológica de la competencia gramatical y con su desarrollo filogenético. El primer aspecto tiene que ver con los fundamentos biológicos del lenguaje y el segundo, con sus fundamentos evolutivos. Los avances en los campos de la genética, la neurología y fisiología cerebral humanas, de la biología evolutiva, de la paleontología antropológica y de la lingüística, hacen posible retomar desde una nueva perspectiva viejas cuestiones como la de la naturaleza, la localización y el origen de la capacidad lingüística humana. Este libro, entre otros muchos publicados en el extranjero, se sitúa en este contexto y lo hace de una manera digna y eficiente, por lo que debemos felicitarlos por su publicación.

La primera parte de *HL* está casi por completo dedicada a proveernos de argumentos que apoyan el carácter innato de algunos aspectos de nuestra competencia lingüística: aquellas propiedades formales más abstractas de nuestra competencia que no parece que puedan ser aprendidos o deducidos a partir de las emisiones que constituyen la base empírica sobre la que se configura esa competencia. Se insiste en un hecho evidente: a pesar de las enormes diferencias superficiales entre las lenguas, los seres humanos somos capaces de configurar, dentro del período crítico, la competencia gramatical que nos permite analizar y producir las secuencias gramaticales de cualquiera de ellas con la misma facilidad (o dificultad, como se quiera ver) aparente. Dado que las investigaciones empíricas realizadas durante decenios

han desvelado que esa competencia funciona de acuerdo con una serie de principios generales abstractos que sólo pueden ser hechos explícitos a partir de un trabajo de investigación arduo y guiado por conceptos y principios muy abstractos y alejados de la forma superficial de las lenguas, no hay más remedio que concluir que esos principios no son aprendidos por el hablante a partir de observaciones inmediatas realizadas por él y basadas en la forma de las expresiones que procesa, sino que están presentes en la mente del individuo como una dotación biológicamente heredada, que se denomina habitualmente «ideas innatas».

Los autores exponen y ejemplifican este enfoque de modo muy competente y persuasivo, ofreciendo ejemplos que abarcan desde casos clínicos a datos sobre la diversidad tipológica de las lenguas. Es interesante la conceptualización que hacen los autores del estado inicial del que parte el niño para adquirir la competencia, caracterizado por medio de la Gramática Universal innata, a través del concepto biológico de genotipo y del estado final al que llega, el de la competencia gramatical en una lengua concreta, a través del concepto de fenotipo. Es sabido en biología que a un mismo genotipo le pueden corresponder fenotipos aparentemente muy diversos: para comprobar esto basta con mirar las diferentes razas caninas; a pesar de las apariencias, un chihuahua es un animal de la misma especie que un San Bernardo; comparten un mismo genotipo, a pesar de las grandes diferencias en la apariencia que presentan. Si decimos que la Gramática Universal, cuyos principios están en el estado inicial innato del niño que adquiere la lengua o lenguas de su entorno, es genotípica, queremos decir, siguiendo los datos que nos dan los autores, que todas las lenguas humanas pertenecen a exactamente la misma especie, lo cual parece estar confirmado por la investigación actual de las diferencias tipológicas entre las lenguas.

La segunda parte de *HL* trata una cuestión mucho más complicada y discutible que tiene que ver con la explicación del surgimiento de esa Gramática Universal innata. Los autores pasan revista a algunas propuestas que tratan de mostrar que esa Gramática Universal puede haber surgido a través de los mecanismos evolutivos que regulan el origen y evolución de las especies biológicas. Son especialmente críticos con las ideas según las cuales las características universales que caracterizan el lenguaje humano se han producido por una adaptación al medio, como ocurre con muchas de las características de las especies biológicas. Los autores advierten, creo que con toda la razón, que aunque la evolución de las especies mediante el mecanismo de la adaptación sea un hecho que está fuera de toda duda, no todas las características de los organismos vivos pueden explicarse de esta manera: hay muchas que dependen no tanto de la adaptación al medio sino de la configuración y funcionamiento propio de los organismos que, en última instancia, están determinados por las leyes físicas de la propia naturaleza. Por tanto, una de las ideas fundamentales de esta parte de *HL* es que el estudio del lenguaje humano como fenómeno natural (necesario si realmente estimamos que la GU es heredada innatamente) no obliga

necesariamente a buscar una función adaptativa para la GU, por más que algunos autores como Pinker y Bloom hayan propuesto algo en esta dirección.

El último capítulo de esta parte se dedica a lo que los autores denominan «punto de vista saltacionista», basado en las últimas propuestas de Chomsky. Los autores presentan en esta parte del libro la oposición entre el punto de vista continuista, según el cual la facultad lingüística humana fue surgiendo de modo gradual a través de una serie de cambios adaptativos, y el enfoque «catastrofista» o «saltacionista», según el cual la facultad lingüística humana surgió de una forma más o menos brusca o instantánea (por supuesto, en términos biológicos, no en la concepción cotidiana de «instantáneo» o «brusco»).

Creo que, en la propuesta que realizan en el último capítulo, los autores proponen una manera bastante razonable de mostrar que estos dos puntos de vista (el continuista y el saltacionista) no son ni mucho menos incompatibles. Siguiendo las propuestas del minimismo generativista, podemos deducir de lo que dicen los autores que los componentes sustantivos calificados por Chomsky como «articulatorio-perceptivo» y «conceptual-intencional» podrían ser el resultado de una evolución gradual de la mente y de las capacidades psicomotrices humanas que se basan, a su vez, en el desarrollo adaptativo de las correspondientes capacidades psicomotrices y cognitivas de los mamíferos. Sin embargo, la mediación entre los dos componentes, que es donde se sitúa la capacidad del lenguaje, no tiene por qué haber experimentado ese proceso de evolución gradual dado que es posible que sus características se deriven de una serie de ajustes internos que ponen de manifiesto las propiedades intrínsecas de un organismo biológico tan complejo como la mente humana. Tal como dicen los autores (p. 151): «La facultad lingüística, cuyas características cruciales son por completo desconocidas en otros ámbitos de lo natural, parece en cambio un candidato idóneo para haber emergido como resultado de un proceso de auto-organización interna de la mente/cerebro operado al margen de toda presión selectiva, por más que a la larga corresponde a ésta sancionar la viabilidad del tipo de organismo resultante».

En suma, *HL* es un libro de lectura muy aprovechable tanto por su claridad como por las interesantes propuestas que desarrolla, que puede constituir un punto de partida ideal para introducirse y adentrarse en uno de los dominios más apasionantes y polémicos de la investigación lingüística actual.

JUAN CARLOS MORENO CABRERA
Universidad Autónoma de Madrid

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, JESÚS, *Significado y Conocimiento. La significación de los adjetivos subjetivos*, Editorial Granada Lingüística, Granada, 2002, 262 págs.

El último libro del Prof. Jesús Martínez del Castillo continúa su habitual línea de investigación sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento, para centrarse en el tema específico del significado de los adjetivos subjetivos en lengua inglesa. Sin embargo, para comprender el alcance de este estudio debemos remitirnos a las ideas expuestas por este discípulo del insigne Eugenio Coseriu en una publicación anterior que llevaba por título *La intelección, el significado, los adjetivos* (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería, 1999), donde formuló su teoría acerca del denominado «proceso de intelección», relevante aportación del autor en el dominio de la lingüística y que le sirve para fundamentar el análisis que desarrolla en esta nueva obra. La «intelección» o el «proceso de intelección» es, en realidad, una teoría del conocimiento: un acercamiento a la realidad para seleccionarla, estructurarla y convertirla en palabras de una lengua. Entre el individuo hablante y la realidad, media la aprehensión del ser por parte del individuo histórico (Coseriu); entre la aprehensión del ser y las palabras media la lengua histórica, y entre la lengua y lo designado media la representación simbólica. Todo ello en un proceso de abstracción o intelección de las cosas.

La aportación de este estudio se resume en la defensa del significado como manifestación de las estructuras de la mente, y la defensa de las estructuras de la mente como manifestación de la creatividad del hombre. Creatividad, por un lado, e historicidad, por otro, son los dos principios lingüísticos fundamentales, principios coserianos donde los haya, que constituyen los dos ejes de la obra que reseñamos. Y es a partir de estos dos principios desde donde se plantea el problema de las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento en términos de una teoría del conocimiento. La teoría del conocimiento propugnada es la ya referida «teoría de la intelección». Para el Prof. Martínez del Castillo, la mente humana no es cognición. «La cognición no es nada con lo que el ser humano venga dotado a este mundo» (pág. 17). La cognición es todo lo contrario de la creación humana. «El pensamiento —dice, apoyándose en Ortega y Gasset— no es una facultad, no es nada con soporte biológico» (pág. 152). El razonamiento implícito es el siguiente: el significado histórico nos revela la mente, individual y manifiesta en una lengua, que es una mente también histórica; la mente histórica nos lleva a conocer las operaciones intelectivas que se han ejecutado para concebir el significado; y éstas nos llevan a deducir la participación activa del hablante, sujeto cognoscente, en la creación de los significados.

El libro está dividido en once capítulos, precedidos de una Presentación, donde se establecen de forma nítida las ideas principales que se desarrollarán posteriormente, y termina con unas conclusiones recogidas en un Corolario.

A pesar de estos capítulos, en realidad, nos encontramos con dos partes bien diferenciadas: los cuatro primeros capítulos constituyen la parte introductoria de la

investigación, siendo los siete restantes un análisis pormenorizado de casos concretos a partir de una serie de clasificaciones tipológicas en donde se combinan la práctica y la teoría. El capítulo primero representa una aproximación al tema partiendo de una teoría del conocimiento en la que se establecen las bases de lo que posteriormente será su estudio lingüístico. De esta manera, todo el edificio se asienta sobre unos firmes cimientos filosóficos, basados fundamentalmente en Ortega y Gasset, que son los que determinan toda la orientación lingüística del resto de la estructura de la obra.

El capítulo segundo está consagrado a explicar de forma pormenorizada los parámetros de los análisis tradicionales del significado (definición del diccionario, análisis lexemático de Coseriu, análisis del valor predicativo de Aarts y Calbert, y análisis funcional de Dik), para después pasar a referirse al «análisis intelectualivo», propuesto por el autor en el ya mencionado *La intelección, el significado, los adjetivos* que podemos caracterizar por los siguientes rasgos: a) significación basada en la perspectiva del sujeto cognoscente o en la perspectiva del objeto conocido; b) carácter abstracto o carácter concreto del significado; c) significación basada en significados previos y d) campos léxicos con los que se relaciona el significado.

Con este planteamiento metodológico el Prof. Martínez del Castillo procederá a estructurar el significado de los adjetivos subjetivos a lo largo de los capítulos sucesivos, comenzando por una clasificación genérica por campos léxicos en el capítulo tercero, y siguiendo con su explicación justificativa en el capítulo cuarto.

Los capítulos quinto, séptimo y noveno tratan de la «significación abstracta» de los adjetivos, estructurada respectivamente en torno a las dimensiones de *intellection*, *occurrence* y *valuation*, los cuales tienen su contrapartida explicativa en los capítulos sexto, octavo y décimo con la revisión teórica de determinados aspectos examinados en las secciones que le preceden. Especialmente, en el capítulo sexto se tratan de forma exhaustiva las distintas relaciones de significación derivadas del análisis intelectualivo, denominadas por el Prof. Martínez del Castillo como «operaciones intelectivas», entre las que destacan las siguientes: el «establecimiento de un objeto de un decir» (aquello que se expresa de una forma u otra constituye la intención del hablante), la «operación de la designación», el «establecimiento intelectualivo de una clase», el «establecimiento intelectualivo de una esencia», la «operación intelectualiva de la relación», la «relación a significados ya existentes», la «operación intelectualiva de la determinación» y la «intervención del sujeto cognoscente».

El capítulo undécimo está dedicado a la denominada «significación concreta de tipo subjetivo».

Por último, en el Corolario el autor sintetiza su planteamiento científico: se aparta radicalmente del «psicologismo» de Bloomfield al apostar decididamente por el «sentido finalista» que Eugenio Coseriu otorga al lenguaje. Ya en la Presentación se dice: «El lenguaje, y su manifestación, las lenguas históricas, es una actividad cultural, es decir una actividad libre y finalista (...). El lenguaje es la creación de

significados, y las lenguas, los sistemas de significados tradicionales e históricos» (pág. 17), y más adelante, el autor corrobora la afirmación de Humboldt de que «el lenguaje es el órgano formador del pensamiento» (pág. 66), para concluir con que la mejor forma de estudiar las estructuras mentales es recurriendo a la Lingüística —«la mente y las estructuras mentales se estudian hoy desde la lingüística» (pág. 251)—, sin olvidar las aportaciones que nos pueda hacer la Filosofía —«Si queremos estudiar la mente [...] hay que partir de una teoría del conocimiento, de una teoría con base filosófica» (pág. 253)—. En toda la obra hay una afirmación fundamental que se repite en distintas ocasiones: no hay una teoría semántica firme si no hay una teoría del conocimiento (págs. 18 y 255, entre otras).

En definitiva, el Prof. Martínez del Castillo refleja aquí dos aspectos claros de su pensamiento: por una parte, las sólidas convicciones filosóficas que mueven su visión de la lingüística basadas fundamentalmente en Ortega y Gasset y, por otra, la inquebrantable admiración hacia su maestro Eugenio Coseriu.

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ QUINTANA

PEYRÓ GARCÍA, MIGUEL, *Introducción a la lengua mongol (mongol jalja cirílico)*, Granada Lingüística, Granada, Método Ediciones, 2000, 323 págs.

La mongolística como disciplina activa e importante dentro de la orientalista es un campo yermo para los estudiosos españoles. Toda mención a pueblos centroasiáticos, o «altaicos» se han conservado en textos vernáculos rusos, árabes, chinos y en menor medida, turcos y de otras lenguas menores. La «orientalista» española se ha centrado en las lenguas semíticas, indoeuropeas (anatolias o indo-iránias) u otras lenguas aisladas genéticamente como el sumerio, hurrita o urártico. Éstas, obviamente, pertenecen a un ámbito geográfico muy determinado para el que el término «oriental», sin más, se queda muy grande.

Con esta publicación José Miguel Peyró García (abreviado MPG), profesor en la Universidad de Granada, inicia lo que se espera sea una serie de trabajos no sólo en torno al mundo mongol, sino al fascinante y complejo universo que supone Asia central. MPG ha publicado varios artículos sobre la lengua mongol, al igual que su tesis doctoral (Peyró García 2000). Igualmente imparte cursos de mongol clásico, así que estamos sin duda ante el mayor especialista de esta lengua en nuestro país. Hasta el momento sólo existía un precedente en el campo de la mongolística: la traducción al castellano de *La historia secreta de los mongoles*, realizada desde el texto original chino (Bellerín 2000), y de la que parece no tener constancia MPG (pág. 23, n. 6). Sólo la sinítica se ha abierto camino entre los docentes españoles, apareciendo cada año más material sobre esta cultura milenaria. La obra de MPG se centra en la variante mongol literaria de la actual República Popular de Mongolia

(*Mongol Uls*), el jalja cirílico¹. Es de lejos la lengua mayoritaria, aunque también se usan el ruso y el turco.

Tras el índice general (págs. 7-10), el prólogo (págs. 11-13), a cargo de Ángel María Yanguas Álvarez de Toledo, director de la tesis de MPG, la introducción al texto (págs. 14-18) y la tabla de abreviaturas y símbolos pertinentes (págs. 19-20), se inicia el trabajo propiamente dicho con una breve descripción del pueblo mongol a lo largo de la historia (págs. 21-39), desde que es por vez primera nombrado allá por el siglo VII, cuando aún formaba parte de una inmensa amalgama de tribus nómadas², pasando por la época de los qanatos, hasta la actual Mongolia, independiente de China el 11 de julio de 1921 y con constitución desde el 12 de febrero de 1992.

A todos estos apartados les siguen dos grandes secciones: lengua (págs. 41-83), entendida como concepto geográfico y humano, y sistema lingüístico (págs. 85-238), conjunto de características puramente lingüísticas, y que corresponden a la típica división entre fonología, morfología y sintaxis, más un suplemento sobre léxico. Cada una de estas partes tiene diversos capítulos. El primer capítulo (págs. 41-47) de la parte dedicada a la «lengua» describe los distintos dialectos actuales de la lengua mongol. Teniendo en cuenta la complejidad del asunto, MPG ha abordado la cuestión de una forma muy organizada y el resultado final es óptimo. El capítulo II (págs. 49-61) se ocupa a nivel historiográfico de los orígenes genéticos, lo que inevitablemente lleva a la controvertida «hipótesis altaica», hoy en día casi abandonada. Curiosamente, MPG no menciona a algunos de sus más acérrimos defensores, como Roy Andrew Miller (1971, 1991, 1996), Sergej Starostin (1991) u otros eruditos de importancia suma en la historia y la lingüística centroasiática, como Denis Sinor (1963, 1990). Otras ausencias importantes son las de Karl H. Menges (1961, 1968, 1977, 1978) o Karl A. Krippes, un mongolista anti-altaicista sumamente crítico (Krippes 1992, 1994, respuesta en Vovin 1995). Al hilo de esta cuestión, es más probable que la clave para la relación genética entre todos los miembros propuestos, a saber las ramas o familias mongólica, tunguso (o manchú-tungusa), túrcica, japonesa³ y la lengua coreana, esté en la «hipótesis nostrática», igual o más polémica que la altaica. Al contrario de lo que se viene defendiendo, una reformulación de es-

¹ Puesto que no existe un «jalja latino» o «jalja árabe» en oposición a «jalja cirílico», el adjetivo es innecesario. Tanto en inglés como en otras lenguas la denominación común es «mongol jalja» (e.g. *Khalkha Mongolian*), que resulta igual de redundante que la anterior.

² En esta sección serían importante hacer varios apuntes. Los *jurchen* o *ju-čen* son los antepasados de los manchúes, mientras que *tungús* o *tunguso* es la denominación rusa para los *evenki*. Por otro parte, el etnónimo *mongol* está testimoniado desde el siglo X en documentos chinos como *meṅwu shiwei*, después bajo la forma más familiar *meṅyu*, y finalmente como *moṅṅol* en nombres genéricos del tipo *nirün moṅṅol* '(pueblo) mongol (hijo) de la luz' o *ṣa-may moṅṅol* 'todo el pueblo mongol', cf. Sodnom 1991, Bellerín 2000, págs. 35-7.

³ Erróneamente, se cree que sólo compone este minigrupo el japonés, dejándose fuera la lengua ryūkyūan, usada en las islas homónimas, cf. Martin 1987.

ta última admitiría estos cinco grupos no como una división interna, sino como otras tantas divisiones independientes, es decir, con un estatus idéntico al del indoeuropeo, urálico o drávida. De hecho, la comparación nos permite observar que las ramas tungusa, japonesa y coreana poseen una serie de características comunes que recuerdan una relación genética lejana. Más complicado parece integrar en ese cuadro el mongólico y el túrcico, que pueden (y deben) estar a otro nivel.

En el capítulo III (págs. 63-75) se hace un recorrido por los distintos sistemas de escritura usados a lo largo de la historia del mongol: chino, uighur, escritura cuadrada *hPhags-pa*, galik (también se usa *kalika*) de Ayush-gush, escritura clara de Zaya Pandita, soyombo y horizontal de Zanabazar, tibetana, latina y finalmente cirílica. También hay algunas transliteraciones arabo-persas, georgianas o armenias, pero estas son minoritarias y no han tenido calado histórico alguno. No habría estado de más profundizar en la ortografía moderna, al menos para explicar algunas particularidades, como el uso de *σ* - *σ* para /b/, *u* - *ü* - *υ* - *υ* para /j/, etc.⁴ El capítulo IV (págs. 77-83), último de esta parte, aborda el mongol jalja como lengua literaria e instrumento de expresión en una sociedad marcada excesivamente por su historia reciente.

El tono general de la segunda parte es como cabría esperar más académico. El capítulo V (págs. 85-103) estudia la fonología sincrónica⁵. Aquí se hecha en falta una pequeña introducción histórica, con datos relevantes al menos desde el período hipotético proto-mongol, del que se posee un conocimiento aceptable, exceptuando algunos pequeños detalles, e. g. comportamiento de los préstamos, piedra angular de la crítica anti-altaicista, origen del monosilabismo o el destino de **p-* (cf. Kripes 1992). Los capítulos VI (págs. 105-112), VII (págs. 112-135) y VIII (págs. 133-158) se centran en la descripción sintáctica de la lengua. Dada su condición aglutinante, existen estructuras poco habituales desde un punto de vista indoeuropeo. El capítulo IX (págs. 159-170) explica al lector este concepto de la aglutinación, característica esencial de las lenguas altaicas. Siguiendo esta línea de estudio, el capítulo X (págs. 171-202) analiza el sistema nominal y el capítulo XI (págs. 203-218) el verbal⁶. El campo léxico se ha dejado para el capítulo final (págs. 219-230), donde se distingue entre palabras autóctonas (¿acerbo altaico?) y palabras procedentes de otras lenguas, esencialmente sánscrito, chino, tibetano, persa y ruso. No se entra en la creciente avalancha de anglicismos, tomada ya como una «invasión» habitual en cualquier lengua del planeta. El autor estudia campos semánticos íntimamente relacionados con el modo de vida tradicional en el centro de Asia: el caballo, el chama-

⁴ Reglas por otro lado bastante prolijas cuya explicación se saldría del marco de esta reseña.

⁵ El término *Received Pronunciation*, poco frecuente en nuestra literatura, designa un modo de pronunciación basado en criterios sociales, no lingüísticos, en principio restringidos al territorio inglés, donde dicha RP se reconocía RP en Oxford y en Cambridge.

⁶ Cada uno de estos dos capítulos cuenta con una sección 10.2. Los errores tipográficos son mínimos y no merece la pena siquiera mencionarlos.

nismo, el tratamiento especial del espacio y del tiempo, o los ideogramas. El epílogo (págs. 231-238), basado en los apuntes del propio autor, es una invitación dirigida concretamente a los tipólogos.

Como colofón, una extensísima sección bibliográfica (págs. 239-312), iniciada con la lista de publicaciones periódicas (págs. 239-240), más necesaria que nunca dado el desconocimiento general que existirá para la mayoría de los lectores. El autor ha creído oportuno distinguir entre tratados que versan únicamente sobre mongolística⁷ (págs. 240-302) y obras de referencia general (págs. 302-312). Este elenco referencial está completado con direcciones de internet. El libro concluye con un vocabulario mongol-español (págs. 313-323), escueto aunque significativo.

En conclusión, esta introducción a la lengua mongol es un soplo de aire fresco, puesto que antes no quedaba más remedio que recurrir a obras de difícil acceso, básicamente Poppe 1951, 1955, 1974 y Grønbech y Krueger 1976. Tal y como señala el propio MPG, se trata de un campo difícil donde ni siquiera los especialistas están de acuerdo. Aún así, el valor global de este libro es sobresaliente. Hay que advertir sin embargo la inconveniencia del título. No se trata de un manual para aprender poco a poco unos rudimentos de mongol, el cual se agradecería, sino una gramática destinada, como ya se ha dicho, a tipólogos y lingüistas en general, quizás demasiado sofisticada para el principiante.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellerín, L. R. 2000: *Historia secreta de los mongoles. Edición, notas y traducción a partir del manuscrito chino de Li Wentian cotejado con el mongol*, Madrid, Miraguano Ediciones.
- Grønbech, K. y J. R. Krueger, 1976: *An Introduction to Classical (Literary) Mongolian*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- Krippes, K. A., 1992: *The Reconstruction of Proto-Mongolian *p-*, Bloomington, Indiana University, Ph. D. dissertation.
- , 1994: Reseña de Starostin 1991, *Diachronica* 11, 2, págs. 272-278.
- Martin, S. E. 1987: *The Japanese Language Through Time*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Menges, K. H. 1961: «Altäische Studien», *Islam* 1961, págs. 1-23.
- 1968: *The Turkic Languages and Peoples. An Introduction to Turkic Studies*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- 1977: «Dravidian and Altaic», *Anthropos* 72, págs. 129-179.
- 1978: «Problems of Tungus Linguistics», *Anthropos* 73, págs. 367-400.

⁷ Se recogen todos los trabajos relevantes de Ligeti y Poppe (podría añadirse Poppe 1975), lo cual constituye un acierto y una proeza, dada la productividad y calidad de estas dos eminencias.

- Miller, R. A. 1971: *Japanese and Other Altaic Languages*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- 1991: «Anti-Altaists Contra Altaists», *Ural-Altaische Jahrbucher* 63, págs. 5-59.
- 1996: *Languages and History. Japanese, Korean, and Altaic*, Oslo, The Institute for Comparative Research in Human Culture, Bangkok, White Orchid Press.
- Peyró García, J. M. 2000: *Categorías léxico-sintácticas en mongol contemporáneo*, Universidad de Sevilla, tesis doctoral.
- Poppe, N. N. 1951: *Khalkha-Mongolische Grammatik*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- 1955: *Introduction to Mongolian Comparative Studies*, Helsinki, Suomalais-ugrilainen seura.
- 1974: *Grammar of Written Mongolian*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- 1975: «Altaic linguistics. An Overview», en Jakobson, R. y Hattori, S. (eds.), *Sciences of Language* 6, Tokio, Tokio Institute for Advanced Studies of Language, págs. 130-179.
- Sodnom, K. 1991: «The Origin of the name 'Mongol'», *The Mongolian Society Newsletter* 10, págs. 39-41.
- Starostin, S. 1991: *Altaiskaja problema i proisxozhdenije japonskogo jazyka*, Moscú, Nauka.
- Sinor, D. 1963: *Introduction à l'étude de l'eurasie centrale*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- 1990: *Essays in Comparative Altaic Linguistics*, Indiana University Uralic and Altaic Series, Bloomington, Research Institute for Inner Asian Studies.
- Vovin, A. 1995: Reseña de Krippes 1994, *Dhumbadji! Journal for the History of Language* 2, 2, págs. 25-32.

JOSÉ ANDRÉS ALONSO DE LA FUENTE

Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana (RILI), vol. I, n.º 1, Madrid y Francfort, Iberoamericana Editorial/Vervuert, 2003, 244 págs.

La editorial Iberoamericana/Vervuert publica obras de amplio alcance temático sobre América Latina, España y Portugal. Hasta el año 2000 publicaba también las revistas *Iberoamericana*, *Ibero-Amerikanisches Archiv* y *Notas*, que se fundieron en la nueva *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, de periodicidad trimestral, que incluye ensayos sobre letras, historia y sociedad. A partir de 2003 Iberoamericana/Vervuert une a la anterior publicación la de la *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana (RILI)*, que está dedicada «al estudio de las lenguas iberorrománicas en todos los países de habla hispana y portuguesa, a las lenguas que están en contacto con ellas, especialmente las lenguas africanas, amerindias,

asiáticas y austronésicas, así como a las lenguas criollas emergentes del contacto con el portugués y el español». Aparecerá de forma semestral e incluye una sección temática, que en este primer número se destina a la lexicografía, una sección general y un apartado de reseñas.

Seis contribuciones exploran el terreno lexicográfico. En primer lugar, Humberto Hernández se ocupa de los diccionarios didácticos para estudiantes nativos —o diccionarios escolares— en su evolución histórica. Con el precedente de los «diccionarios compendiados» o «portátiles» del siglo XIX, en el XX experimentan un notable desarrollo, pero hasta principios de los años noventa no asistimos a un salto cualitativo en la lexicografía escolar, que se consolida al final de la década. El autor repasa los principales requisitos que definen el modelo de diccionario didáctico, y advierte de la existencia de casos de fraude lexicográfico y de deficiencias en la macroestructura.

A continuación, Ignacio Ahumada presenta las actividades que desarrolla el Seminario de Lexicografía Hispánica de la Universidad de Jaén. Surgido en 1990 con objetivos tanto científicos como didácticos, ha organizado ya cinco reuniones bienales. De las cuatro primeras han aparecido las actas y, a partir de la tercera entrega, se inicia la publicación del *Boletín Bibliográfico de Metalexicografía del Español*.

Luis Fernando Lara reivindica el lugar que ocupan la lexicografía y los diccionarios en las disciplinas de la lingüística. Las palabras contenidas en el diccionario no pueden desgajarse de su realidad y de sus hablantes, de la cultura en que se insertan. Así, el diccionario debe considerarse un «fenómeno tanto verbal como simbólico» (pág. 43), no una mera aplicación de métodos lexicográficos, y el punto de vista científico que más conviene a esta especificidad, que explica «el hecho diccionario», es el de «una semántica pragmática radical». Lo anterior representa una teoría del diccionario, de acuerdo con la cual este se sitúa en el centro de las disciplinas lingüísticas que pueden ocuparse de él.

A partir del comentario de algunas diferencias léxicas, tanto connotativas como denotativas, en el mundo hispánico, sobre todo entre España y México, y del reflejo lexicográfico, a menudo inadecuado, de dichas particularidades, Raúl Ávila reflexiona sobre las características de los diccionarios locales, nacionales y generales, y cita la conveniencia de un diccionario internacional que estuviera constituido por las voces correspondientes al español de todos, sin dar entrada a los regionalismos. Por el momento, son los medios de comunicación masiva los que difunden el léxico español internacional desde el criterio de la frecuencia y la dispersión de las voces.

En un trabajo escueto, Soraya Almansa Ibáñez se detiene en el Maestro Alejo Venegas del Busto, autor de la *Agonía del Tránsito de la Muerte con los avisos y consuelos que cerca d'ella son provechosos* (1537), obra en cuya tercera edición

(1543) se añade un glosario donde se explican más de doscientas palabras de la obra principal, con el formato medieval de la compilación de datos.

Cierra esta sección temática Klaus Zimmermann, con un análisis de la trayectoria seguida por la lexicografía hispanoamericana hasta los *Diccionarios contrastivos del español de América*, proyecto dirigido por Günther Haensch y Reinhold Werner. Zimmermann explica la concepción de esta nueva serie de diccionarios, que tienen un carácter contrastivo solo con respecto al español de España y que por sus títulos —*Diccionario del español de Argentina*, *Diccionario del español de Cuba*— pueden confundirse con diccionarios integrales de esos países, al modo del *Diccionario del español usual en México* (1996), de Luis Fernando Lara.

Ya en la sección general, Germán de Granda expone que, por un proceso de convergencia lingüística, una de las funciones del conector sintáctico *de* —la de marcar el origen interno, lógico, de una secuencia oracional ilativa, como p. ej. en *de lo que faltaste se molestó*— se ve favorecida en la modalidad andina de español por el contacto con lenguas como el quechua y el aimara, que poseen elementos morfológicos —de carácter postposicional— con una funcionalidad muy parecida a la que tiene la preposición española *de*. Seguidamente, considera las implicaciones sintácticas que posee este proceso.

El artículo de Armin Schwegler y Thomas Morton se plantea como una descripción de la variedad de español —el *kateyano*— utilizada en El Palenque de San Basilio, Colombia, así como de su proceso de constitución, que puede echar luz sobre la formación del español americano y que permite preguntarse, en un nivel más amplio, por qué no se identifica claramente un «español negro» en Hispanoamérica, frente al arraigo del «inglés negro» en Estados Unidos. El español palenquero se formó en la órbita de la variedad de Cartagena, representante, a su vez, del español andalucista. Desde los orígenes de Palenque, el español se ha desarrollado en ese enclave en coexistencia con el criollo palenquero. Los dos códigos manifiestan una gran independencia.

Hildo Honório do Couto se ocupa del criollo portugués de Guinea-Bissau y, en concreto, muestra cómo esta variedad codifica con el prefijo *dis-* (el único productivo del que dispone) el acto de deshacer acciones, mientras que el de rehacerlas se expresa sintácticamente. El autor analiza las 20 palabras que, de un corpus de 70.426, contienen el citado prefijo, y compara esta situación con lo que ocurre en distintas variedades de portugués, en otras lenguas románicas y en otros criollos.

En su documentado estudio, Mercedes Sedano se interesa por el empleo, en el español hablado de Caracas, de dos construcciones sintácticas alternativas: las seudohendidas —*lo que él quiere es llegar temprano*— y las que incluyen el verbo *ser* focalizador —*él quiere es llegar temprano*—. Su análisis de dos corpus formados por grabaciones de media hora cada una de hablantes caraqueños —70 correspondientes a 1977, y 160 a 1987—, distribuidos según la edad, el nivel socioeconómico y el sexo, le permite concluir que la simplicidad estructural y el bajo poder conector

son las características que se asocian a las oraciones con verbo *ser* focalizador, en tanto que las oraciones pseudohendidas muestran complejidad estructural y elevado poder conector. De este modo, aunque ambas construcciones pueden alternar en diversos contextos, «presentan características propias que condicionan la congruencia de cada una de ellas con determinados enunciados» (pág. 200).

Para concluir esta sección general, Miguel Ángel Garrido Gallardo aporta una breve semblanza vital y académica del filólogo Juan Miguel Lope Blanch, fallecido en 2002.

Completa el primer número de la *RILI* un apartado que consta de once reseñas de libros muy variados. Algunos de los terrenos representados en ellos son los de la lexicografía, los lenguajes iberorrománicos de especialidad, la sociolingüística aplicada o las diferentes situaciones de contacto que vive el español en América.

No nos resta sino felicitarnos por la aparición de esta revista dedicada a las lenguas iberorrománicas, y por su amplia perspectiva, muy loable en tiempos de excesiva atomización del conocimiento. Estamos seguros de que constituirá un insustituible referente para toda la comunidad de especialistas en lingüística y para los interesados en esta materia.

ANTONIO TORRES TORRES
Universidad de Barcelona

SAN VICENTE, FÉLIX, *La lengua de los nuevos españoles*, Zaragoza, Pórtico, 2002, 270 págs.

Nos hallamos ante un libro ambicioso que, usando varia bibliografía así como estudios propios, intenta introducirnos en el español actual como una lengua fundamentalmente unitaria (en España y en América) y fundamentalmente continuadora de su pasado, pero con múltiples innovaciones que afectan ya a la lengua toda ya a sectores varios entre los hablantes. Más que a los nuevos españoles se refiere a los españoles todos, añadiendo algunos hechos diferenciales de sectores regionales, juveniles, mediáticos, etc.

Es una empresa que, naturalmente, no puede cumplirse sino parcialmente en un libro de extensión reducida. Pero es importante y el libro aporta muchos datos de interés. Cada uno podrá, evidentemente, añadir más cosas. A algunas haré referencia.

Una parte introductoria nos habla de las razones del cambio: la nueva situación política, social y tecnológica, el poder de los medios y la presión del inglés, entre ellas. También un cierto clima de devaluación de lo establecido, cuyo prestigio en lo relativo a la lengua, cree el autor, se va recuperando.

Las aportaciones principales del libro están, debo decirlo lo primero, en lo relativo al léxico: desarrollos formales y semánticos, influjo del inglés, lenguaje políti-

co. Pero comienzo por la parte relativa a la fonética, con la cual se mezclan temas de ortografía. Aquí nos hallamos, fundamentalmente, ante hechos regionales pero también ante otros de carácter juvenil y aun de «protesta»; y no faltan las tendencias comunes.

Se habla de problemas en la pronunciación de los diptongos (*sa puesto enfermo*), de la relajación de *-ada*, etc., del yeísmo, la relajación y pérdida de *-s*, la aspiración y pérdida de *-s*. No es muy detenido ni nuevo el estudio de estos temas, más lo relativo al acento. Hay cosas que deberían añadirse, tal la ampliación de las posibilidades del fin de palabras con oclusiva.

Y creo que la ortografía debería haberse estudiado aparte, se ve muy bien el problema de la pérdida de peso, como modelo, de los textos escritos. Podrían decirse más cosas sobre el descuido en la puntuación y acentuación, sobre usos ácratas como el de la *k* (*okupa, kaña*), al cual dediqué un artículo, la nueva ortografía usada por los jóvenes usuarios de los móviles (que nos devuelve a los antiguos silabarios o semisilabarios), la falta de respeto (con objetivos comerciales) de las grandes empresas (Telefónica escribe *hablar* sin hache y todos se aguantan), abuso de la negrita y las mayúsculas, etc.

Tampoco es la parte morfosintáctica, ya lo advertí, la que más cosas nuevas o poco conocidas aporta. En realidad, las nuevas evoluciones representan con frecuencia la culminación de tendencias ya antiguas en nuestra lengua. Aun así conviene recordarlas, sobre todo si su exposición va acompañada de nuevos datos.

Así, es importante el estudio del género, en el que nos hallamos en este momento en medio del laberinto. Porque, como dice nuestro autor con mucha documentación, de un lado, existe una tendencia hacia la indistinción, con uso de *-o / -a*, que originalmente era marca de género, con varias finalidades (marcar tamaño, oposición persona / abstracto, distintos contenidos, cf. ya desde antiguo *pero / pera*); de otra, se tiende a perder la conciencia del valor neutro del masculino y crece, primero por razones sociales y luego artificialmente, la oposición universal de masc. / fem. Pero no sin reacciones de las profesionales que prefieren la antigua forma ambigua que usaban los hombre (*médico, secretario*) hablando de mujeres.

Sobre este conflictivo tema se podrían dar explicaciones tan simples como desconocidas y datos abundantes, aquí se avanzan los esenciales. Como también sobre el confuso panorama de los plurales cuando intervienen préstamos de lenguas extranjeras. Haría falta una regularización mayor que la que existe. Se estudia luego el plural de las siglas, el de los sustantivos compuestos, etc.

Otros temas interesantes, que se estudian en esta parte, son la tendencia a la anteposición del adjetivo, a la elipsis del sustantivo con la consiguiente substantivación del adjetivo (*el móvil*, pero el mecanismo es ya antiguo), el tema del voseo, el de la adverbialización del adjetivo (ya desde la Edad Media), el de los tratamientos (*señor, señorita, tío, colega...*), sobre cuyas tendencias habría más que decir, así como sobre el avance del *tú* frente al *Usted* (e intentos de obviar el problema como

¿cómo estamos?). Otros temas estudiados son el leísmo, el dequeísmo, giros como *en base a*, *a nivel de*, el giro substantivo + *a* + infinitivo, el infinitivo por imperativo (*¡seguirme!*), el presente compitiendo con el futuro, los avances del pretérito compuesto, la neutralización de *cantaba* / *cantaría*, la difusión de las perífrasis de *ir* + infinitivo, *estar* + gerundio, la reducción del subjuntivo, la preferencia por la voz activa (*¡pero ya desde el Mío Cid!*)

Todo esto es interesante, en parte bien conocido, en parte menos conocido. Creo que convendría señalar las etapas evolutivas (se hace, por ejemplo, para *cantata*), pero sobre todo, que se trata de fenómenos del español general. Y, en buena medida, de tendencias generales de las lenguas indoeuropeas modernas (esto se dice, por ejemplo, para el avance del pretérito compuesto, aduciendo el francés y el italiano, no en otros casos). He escrito sobre ello en otro lugar. El libro estudia infinitos sectores y niveles, habría que diferenciar entre ellos.

Pero ya dije que la parte dedicada al plano léxico, que ocupa en el libro la parte del león (págs. 71-248) es la más interesante y novedosa. Quizá éste hubiera debido reducirse a ella y haberla ampliado más aún. Porque fonética y morfología, pese a ciertas tendencias que vienen del pasado o de influjos contemporáneos, son bastante estables en español, lo cual es una excelencia de nuestra lengua en nuestro continente y el americano. Su gran ampliación reside esencialmente en el léxico: es un factor de desarrollo, de internacionalización y, también, de riesgos de crear desarrollos contrapuestos (de los que poco o nada se dice). Y es hoy día susceptible de nuevos estudios, con ayuda de la base de datos de la Academia (CORDE y CREA). Lo será más en el futuro, ciertamente, con ayuda del *Diccionario de Dudas* y del *Diccionario de Americanismos*.

Nuestro libro estudia la neología formal y la semántica, con ayuda de importantes recolecciones de materiales. Paso revista a algunos de los temas estudiados.

Prefijación. Contiene un amplio estudio de diversos prefijos, destacando la importancia del vivero greco-latino: he señalado varias veces que se trata de los elementos más vivos de la lengua española (y de las europeas en general) y he presentado estadísticas según las cuales estos elementos constituyen la gran mayoría de los elementos compositivos iniciales y finales del DRAE; mientras que el elemento greco-latino en general es, con mucho, el dominante en el léxico científico y cultural que es admitido cada día en el DRAE. Hablar del griego y el latín como lenguas muertas es, pues, falso e irrisorio: continúan viviendo dentro de las nuestras, son ya parte integrante de ellas y las unen con el pasado y a unas con otras en general.

Ahora bien, la semántica de estos elementos, y de otros modernos, adquiere cada día innovaciones, esto es lo que el libro estudia en detalle. Estudia, para empezar, en la prefijación varios sectores: prefijos negativos, locativos, temporales, de cantidad y tamaño, intensificativos. Dentro de cada sector hay listas alfabéticas, con estudio de la semántica, la antigua y la nueva de cada prefijo. Así la de *a-* e *in-*, *anti-*, *des-* (especialmente productivo y desarrollado semánticamente), *ex-*, etc., en el

primer grupo. En los siguientes hay prefijos igualmente interesantes. Por ejemplo, *macro-* y *mini-*, los intensificadores como *hiper-*, *supra-* y *ultra-* (es notable su relación). Siempre se pueden encontrar cosas que faltan: *euro-* se está convirtiendo en un prefijo (*euromuebles*, etc.) que indica calidad e internacionalismo.

Importante es también la sufijación. Se estudia la no apreciativa y la nominal (productividad actual de *-ado*, de *-aje* en el lenguaje técnico) y es importante el estudio de *-ismo*, *-ista*: continuación de hechos del griego, como también en otros sufijos de abstracción y clasificación, tales *-sis*, *-ma*, etc.; y del latín, tal *-men*. Puede decirse que el estudio es bueno, aunque me gustaría ver examinadas más en detalle las relaciones entre estos sufijos: *-ico* / *-oso*, especializaciones como la de *-ista* designando a los jugadores de un equipo de fútbol (*valencianista* difiere de *valenciano*). También se estudia la derivación nominal, la adjetival y la verbal, con el incremento de *-ear* e *-izar* (ya antiguo).

Pienso que lo importante es el crecimiento de estos procedimientos respecto al castellano antiguo y al latín. Y la tendencia a establecer relaciones sistemáticas nombre - adjetivo - verbo - adverbio, más o menos como en griego antiguo (y moderno). La capacidad de análisis y de abstracción en nuestra prosa, ha crecido y crece considerablemente. Pero es cosa general del español culto y aun del español general.

Dentro de la sufijación, es interesante el estudio de la apreciativa: es algo que crece con aumentativos y peyorativos como los de *-azo*, *-ón*, *-ales*, *-eras*, entre otros sufijos. Es sabido que los términos expresivos se desgastan y deben ser renovados periódicamente. Por eso, un poco entre paréntesis, me extraña que no sean tocados los nuevos «superlativos» (*bárbaro*, *fantástico*, *cojonudo*), los términos ya despectivos, ya eufemísticos para designar la vejez (*carrozón*, *vejete*, *viejales*, *mayor*).

Pero sigo refiriéndome a los diminutivos, a veces puramente afectivos, con referencia a la preferencia local por unos sufijos u otros. Convendría, creo, una referencia a la preferencia femenina (no general, de ciertos grupos) por el diminutivo frente a la forma básica (*un caramelito*, *un pinchacito*).

Otro sector importante del libro es el de la composición (pág. 114 sigs.), que va aumentando de una forma importante en español: signo de la creciente riqueza y flexibilidad de su sector léxico (mientras decae el puramente gramatical). Pero quizá, con ser importante, ha desplazado estudios de evolución semántica que también habrían sido importantes. Antes hablé de formas expresivas, de «superlativos». Pero, ¿por qué no hablar también de eufemismos muy diversos? Por ejemplo, en el plano de la profesiones y formas de vida: ya no se puede decir *inválido*, hay que decir *minusválido*, las *azafatas* ahora son *auxiliares de vuelo*, las enfermeras, los dentistas, los oculistas, los peritos exigen nuevos nombres. No se puede decir *moro* ni *negro*.

Esto tiene que ver con cambios en la sensibilidad social, aunque nunca hay una solución definitiva, los motivos que crearon la nueva denominación siguen actuan-

do y crearán otra. Otro cambio de sensibilidad es el que, inversamente, renuncia en el terreno sexual a los eufemismos y hace que se digan abiertamente los nombres precisos de órganos y funciones.

Pero vuelvo a la composición, que nos ofrece cada vez más ya verdaderos compuestos ya lexías que hacen su oficio. Hay formas separadas (lexías) del tipo *cartón piedra* (con nombre en uso adjetival), del tipo *agujero negro* (con adjetivo en uso metafórico, en este caso es un anglicismo), del tipo *asuntos sociales* (con un adjetivo derivado, casi siempre en el léxico político-administrativo o mediático), del tipo *baja incentivada* (con participio, de igual sector). Todo esto tiene que ver con el nuevo tipo de sociedad y con el influjo del sector político y burocrático.

No así en el caso de otros tipos, como el de verbo + sustantivo (*apoyabrazos*), más bien referente a elementos concretos, a veces nuevos inventos. Pero sí en el de giros en que interviene *de* (*base de datos*, anglicismo).

En fin, es importante sobre todo la composición culta, muchas veces con hibridismo de más de una lengua y con gran difusión de elementos como *auto-*, *tele-*, *foto-*, *video-*. Son las más veces de origen grecolatino, pero sometidos a evolución: *fotografía* tiene que ver con «luz», pero ya no *fotocopia*, *telepizza* no es una pizza lejana.

En fin, hay que añadir el tratamiento de la derivación regresiva, del acortamiento de palabras (*bici*, *corto*, *logo*, etc.)

Son procedimientos ya internacionales, como son internacionales muchos de los compuestos antes mencionado. O sea, que el español queda sometido a tendencias internacionales, también en el caso de las siglas; y muchas veces se limita a derivaciones de otras lenguas, sobre todo del inglés. En todas partes hay tendencia a la proliferación y sistematización del léxico y a una cierta decadencia de la gramática. Esto tiene raíces antiguas en la decadencia, a partir de un cierto momento, de la morfología indoeuropea; y modernas, en la difusión del léxico greco-latino y de las nuevas corrientes lexicales internacionales, ya digo que influidas por el inglés (que a su vez recibió influjos en este sentido del francés y otras lenguas, a partir de las antiguas).

A partir de aquí, muy lógicamente, el libro se interna en el difícil campo de los préstamos, tras insistir en la resistencia que encuentra actualmente toda posición normativa, incluso la de los *Manuales de Estilo*, que se escriben más que se aplican.

A partir de la página 154 hay un amplio estudio de los préstamos del inglés: causas, tipos diversos (anglicismos crudos, adaptaciones, calcos semánticos, errores). Incluye interesantes listas y estudios concretos sobre los anglicismos en la economía, el deporte, la informática. Falta, a veces (no en la informática), la perspectiva histórica: los anglicismos deportivos fueron asimilados o calcados desde los años veinte, ahora la situación está mucho más descontrolada. Veremos si la acción conjunta de las Academias (*Diccionario de Dudas*, etc.) la mejora. Falta hace, porque amenazan soluciones discordantes en los distintos países de habla española.

Ciertamente, ya es demasiado tarde para deshacer ciertos entuertos, como lo de *ciencia ficción* o *medio ambiente* o *tour operador*. Ahora mismo se ha impuesto lo del *género* en vez de *sexo* (el género en español es otra cosa, el inglés no lo tiene). En fin, es penoso que el español, en este campo como en otros, no ha logrado muchas veces soluciones uniformes. Es un campo minado de problemas. El libro muestra algunos, quedan muchos más.

Estudia también préstamos de otras lenguas, del italiano al caló y a las lenguas americanas. No veo bien la presencia de este tema aquí, es más bien un tema histórico bien conocido.

Un poco como apéndice se nos habla de la neología semántica: la ampliación de la semántica de muchas palabras por el influjo de otras del inglés (*escenario, tema, problema*). En realidad es un apéndice al tratamiento de los influjos del inglés.

Y se termina con estudios especiales sobre el lenguaje sociopolítico actual, el lenguaje de la Constitución (demasiada ambigüedad, pienso) y el de las *Actas* de las sesiones plenarias de las Cortes. Especialmente interesante este para ver cómo una nueva red de conceptos y clasificaciones, condicionada por el clima político y social, nos invade: viene de arriba y acaba por hallar acomodo en la lengua llana del pueblo. Está demasiado dominado por la abstracción y por convenciones o acuerdos de las fuerzas políticas. En realidad, estos estudios son modelos de otros varios que podrían hacerse sobre el léxico de las relaciones sociales, familiares, profesionales, eróticas y otras más. Un vasto campo.

Este es el libro: abarca temas de máximo interés dentro de nuestra lengua. Es incompleto, como no podía ser menos, pero aporta cosas importantes, conocidas y nuevas. Da una visión, en definitiva optimista, de nuestra lengua, sin ocultar la existencia de ciertas zonas más o menos caóticas (algunas peligrosas). He tratado de trazar algunas líneas generales, que en la simple lectura a veces se escapan, dentro de la tradición histórica de nuestra lengua y del paralelismo con otras europeas.

No ya los nuevos españoles, todos, nos vemos gradualmente inmersos en la evolución que aquí se nos presenta. Y que se refiere más bien, insisto, a fenómenos generales, aunque no rehuye los particulares de ciertos grupos.

FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS

VIVERO GARCÍA, MARÍA DOLORES, *El texto: teoría y análisis lingüístico*, Madrid, Arrecife, 2001, 317 págs.

Esta obra ofrece una aportación estimable que se suma a los objetivos de describir y caracterizar los géneros discursivos; en este caso, la autora se ocupa del discurso literario. Será, pues, el texto literario —preferentemente la novela francesa del XIX— en torno a lo que se desarrolla la investigación, que muestra de manera

muy sólida las propiedades discursivas de este tipo de comunicación. Parte de un nutrido bagaje de fundamentos previos, entre los que aparecen como recurrentes teóricos francófonos como Ducrot, Maingueneau, Charaudeau y muchos otros. Está estructurada en tres apartados, que abordan ordenadamente la organización enunciativa, la temática y la composicional; las afirmaciones teóricas están siempre apoyadas en la correspondiente muestra literaria, de forma tal que los principios expresados se cotejan detalladamente en todos sus extremos en el amplio repertorio de comentarios y análisis prácticos que constituye un componente de gran interés. No se limita a exponer los principios admitidos hasta ahora y aplicarlos a los textos literarios narrativos, sino que también defiende posiciones y criterios de cierto carácter polémico. En numerosas ocasiones, lo dicho va ilustrado con esquemas gráficos, que muestran el afán esclarecedor que define toda la obra, visible igualmente en los inicios y finales de capítulo, donde se detiene respectivamente a adelantar los puntos que va a tratar, o a destacar lo más relevante de lo expuesto. Una de las cuestiones más remarcadas es el reconocimiento de los géneros discursivos, sus propiedades y funcionamiento, lo que le lleva a definir de manera rigurosa los rasgos de los elementos implicados y operativos en cada discurso. Es, en suma, una contribución de indudable peso en el horizonte de los estudios sobre el discurso literario.

En el primer apartado, la organización enunciativa, Vivero desglosa el perfil de los participantes en la comunicación literaria donde, a diferencia de otros discursos, se da una desconexión entre el autor del texto y su situación de enunciación real — de ficción—; en esas instancias enunciativas, habla del escritor empírico, del lector empírico (y de las respectivas imágenes que cada uno hace del otro), del locutor-narrador, del narratario, o de ulteriores locutores citantes. En la «escena socio-discursiva» diferencia los niveles enunciativos, de producción y de ficción, para lo que remite a la oposición trazada por Benveniste entre «enunciación histórica» y «enunciación de discurso». Esta dicotomía resulta útil para reconocer los planos de articulación del texto, construido como obra de creación regida por un contrato enunciativo de ficción. Se detiene en las posibilidades narrativas que adoptan las formas del discurso referido, pues ese juego de «alteridades discursivas» contribuye significativamente en la creación del texto; en síntesis, señala que el discurso directo puntúa los momentos de mayor realismo o emotividad, el discurso indirecto libre fusiona las voces de narrador y personajes, mientras que el indirecto y el narrativizado (cuando el narrador condensa el sentido del discurso referido) aseguran la continuidad del relato.

La autora continúa diferenciando algo que comúnmente se incluye en las formas del discurso libre indirecto: para ella, algunas secuencias que se interpretan como discurso indirecto libre en realidad no lo serían, pues no son casos de doble enunciación, esto es, un enunciador que introduce dos locutores. Se trataría de un solo locutor, el narrador, que deja oír la voz de dos enunciadores, uno con el que se asimila, y otro enunciador que expresa el punto de vista de un personaje; son, pues,

dos enunciadores inextricablemente asociados. Así se reduciría el discurso libre indirecto al discurso referido, mientras que esta interpretación de Vivero afina la perspectiva de la enunciación narrativa. Es una diferenciación enormemente compleja, y la autora reconoce la dificultad de su reconocimiento en los textos; la clave sería que este enunciador no aparece como una voz, sino como una posición, se manifiesta libremente en las palabras del narrador, no como en el discurso indirecto libre en que se fusiona la voz del narrador y personaje, como dos locutores distintos; aquí, en cambio, hay un solo locutor, cuya perspectiva se expresa directamente a través del narrador. Estos análisis y matices de la autora marcan una cierta distancia con las formulaciones de Ducrot o Maingueneau.

Otro concepto introducido es el del enunciador «como foco de percepción», cuando aparecen marcas de enunciación imputables a un personaje (calificaciones, modalizaciones ...), que expresan el punto de vista del personaje ligado a su percepción. Según Vivero, aquí el narrador no refiere un discurso interior, sino que expresa directamente un punto de vista ligado a la percepción sensorial del personaje. Pero también es forzoso admitir la dificultad de su reconocimiento, porque los límites entre pensamiento o percepción del personaje no suelen estar claramente definidos. Se desglosa aún otra posibilidad de enunciación: cuando el narrador «menciona» o «refiere» un punto de vista. Así, frente a la vaguedad e indiferenciación —según la autora— de la narratología sobre la focalización interna, Vivero apunta los procedimientos distintos citados. Pese a la profundidad o acierto de estos esquemas interpretativos, cabría preguntarse la validez operativa de un concepto que parece presentar serias dificultades para ser reconocido e identificado en el análisis; es decir, es posible cuestionar si estas distinciones de instancias enunciativas resultan apreciables sistemáticamente. Es bien cierto que el comentario realizado a un relato de Flaubert (*La légende de saint Julien l'Hospitalier*) sigue un desarrollo bien planteado, con rigor y minucioso. Atiende finalmente al discurso autobiográfico, para delimitar la función de narrador (locutor) frente a la función (textual) del yo-narrado, personaje. Esta dualidad provoca una ocultación del narrador, pues aparece no como origen de enunciación, sino como sujeto de conciencia, que rememora o cuenta con sus reflexiones: esto produce un efecto de transparencia enunciativa, de acceso directo a la realidad.

El segundo apartado se dedica a la organización temática, para lo que recurre a la semántica textual, particularmente a los trabajos de F. Rastier. Se trata de ver cómo el texto permite elaborar una representación semántica de un mundo real o imaginario; la impresión referencial depende de la interpretación del lector, aunque el texto impone ciertas condiciones. Parte del concepto de isotopía, como relación de equivalencia entre sememas en los que se actualizan semas idénticos. Según estos criterios, el lector, en el nivel más global, establece ciertas hipótesis de sentido y presupone una o varias isotopías. Conforme va identificando isotopías textuales, es decir, niveles de cohesión interpretativa, el lector va confirmando o rectificando sus

hipótesis de sentido; el proceso de lectura se explica así como proceso de identificación de isotopías para construir la coherencia textual.

Maneja la autora conceptos como los de tipos de isotopías (genéricas y específicas), sus relaciones (haz de isotopías o poli-isotopía). Estos procedimientos se comprueban con brillantez sobre textos literarios, (poema de Góngora, fragmentos de *Doña Perfecta* y *Madame Bovary*). Se entiende, en definitiva, que la coherencia textual resulta de la actividad interpretativa, y los textos literarios, poli-isotópicos, obligan al lector a establecer varios niveles de coherencia interpretativa. Retoma los conceptos establecidos de tema / rema, focalización, progresión temática y sus tipos. El apartado concluye con el análisis de las cadenas anafóricas, como haces de isotopías específicas asociadas que configuran una molécula sémica o estructura estable de semas.

El tercer y último apartado se dedica a la organización «composicional», y aquí la base teórica serán los trabajos de Adam. Parte de la tipología de secuencias, y lanza una propuesta taxonómica: «secuencema», unidad constitutiva de la secuencia, que será «argumentema», «descriptema», «narratema»... Para la secuencia poética, habla de «textura», y se apoya en las formulaciones de Ricardou y la *textique*. Es destacable su comentario sobre el discurso polifónico en un texto argumentativo, así como la exhaustividad con que repasa los textos descriptivos. Sobre éstos, manifiesta su discrepancia con la metodología de Adam (de «operaciones»), por mantener Vivero un esquema secuencial global. Señala dos «descriptemas» básicos: mención del objeto descrito y aspectos (composición, propiedades, situación espacial o relación metonímica), y tres «explicatemas» (problema, explicación y conclusión-evaluación). Resulta, pues, enormemente sistemático el planteamiento con que aborda el estudio de la composición de los diferentes tipos textuales.

Sólo alguna leve mota puede apreciarse en el libro, que en absoluto merma la enjundia del contenido: el descuido morfológico (pág. 20) «la editorial en la prensa escrita», error de género por la homonimia del término «editorial», y su uso diferenciado, masculino o femenino. Choca también un tanto el término «disibilidad» (pág. 199), por «legibilidad».

HERACLIA CASTELLÓN ALCALÁ

